

EL TEMA DE LA PASIÓN EN LA MITOLOGÍA AMAZÓNICA

Alejandro Ortiz Rescaniere

Innumerables son los temas míticos amazónicos. Lévi-Strauss trató y dio a conocer muchos de ellos en su monumental *Mythologiques* (Lévi-Strauss, 1964, 1967, 1968, 1971). Son memorables sus análisis sobre el desanidador de aves, la muchacha loca por la miel, el robo que hicieron los hombres al jaguar para obtener el fuego que antiguamente sólo tenía ese animal, la abuela que mata a su nieto con sus ventosidades. En *La potière jalouse* (Lévi-Strauss, 1985) examina unos mitos jíbaros que versan sobre unos asuntos vinculados entre sí: la elaboración de la cerámica, los celos, los conflictos conyugales, la avidez, el estallido del cuerpo. Un personaje central de esos relatos es el chotacabras, que Lévi-Strauss compara con otra ave, el hornero. Sigue los rasgos y los temas planteados en esos mitos de la Amazonia occidental, en diversas regiones de América. En las páginas que siguen vamos a presentar unos relatos de la Amazonia occidental que tienen un cierto parentesco o cercanía con algunos de los temas de *La potière jalouse*. No son los celos sino la pasión lo que anima a los personajes. También hay dificultades hogareñas, pero además la falta de cónyuge, la soltería, la soledad. Un amante animal es un remedio pasajero a tales problemas.

El motivo de la pasión por la bestia es uno de los más frecuentes de la Amazonia occidental. El motivo sigue un cierto esquema o argumento: una persona está insatisfecha (porque no tiene cónyuge o éste no cumple con sus deberes maritales); un animal seduce a esa persona; tienen unas relaciones furtivas y apasionadas; el amante termina trágicamente, a veces también el humano; la aventura acarrea unas consecuencias para el amante humano o para los suyos.

Vamos a presentar las secuencias y los aspectos más recurrentes de este motivo.

La relación entre el hombre o la mujer y el animal suele surgir por algún tipo de carencia del amante humano. Es una falta que tiene que ver con la esfera sexual y su correlato y metáfora, la oral. La persona se entrega al animal porque es soltera; o no tiene un buen marido: no la satisface o no sabe cazar; o bien, los varones escasean o están lejos. Ahí donde falta el varón o la mujer, está la bestia.

La pasión tiene un carácter y una evolución. El humano se deja seducir, se entrega voluntariamente o es engañado por el animal que se presenta en el momento oportuno, en el que la carencia del individuo es evidente. Sus amores son secretos, furtivos, transcurren lejos de la vista de la sociedad humana; el animal se esconde en un hueco, bajo la cama de la amada; o bien vive en el pueblo o en la madriguera del animal. Tarde o temprano la persona amada se siente amenazada por su compañero; o le repugna estar con un animal al que antes ella veía como persona; o bien añora a los suyos, a la sociedad humana. Otras veces, la persona nunca deja de querer a su animal. El embarazo de la humana suele precipitar el final de la relación. El parto, el fruto de la pasión, también precipita la muerte del padre o de la madre bestial.

Una vez matado el animal, la persona desencantada o víctima del engaño vuelve con los suyos y consigue un marido o esposa normal. La humanidad ha ganado o recuperado a una extraviada; ahora, hay un marido que sabe cazar y satisface a su mujer. La bestia deja de ser necesaria. Sin embargo, la historia puede repetirse cuando una muchacha o muchacho no tiene pareja, cuando una mujer no se siente satisfecha o un esposo no cumple con su deber¹.

Los actores son el marido ausente o descuidado, la persona y el animal amantes y los que acaban con tales relaciones. Como personajes genéricos están las sociedades humana y animal. Los valores en juego son la maduración y la satisfacción sexual, también oral, el matrimonio logrado y la vida plena en la sociedad adulta y humana. Veamos estos papeles y valores.

El marido ausente o ineficaz es una personificación del valor que el actor humano no tiene en un comienzo y conseguirá al final. Este personaje no siempre aparece; si así ocurre no actúa o lo hace sólo para manifestar cuán deficiente es. Sin embargo, en algunos

1. La secuencia final —lo que ocurre luego de la aventura— a veces toma la forma de un corolario; es implícita, apenas sugerida, o es omitida.

relatos este mismo personaje asume además otra función: puede ser el sancionador, el que acaba con la fiera.

El conjunto de valores en juego —el matrimonio, la satisfacción oral y afectiva en el matrimonio, la madurez, la sociedad adulta— no siempre son anunciados; suelen tener una presencia tácita. Otras personificaciones o figuras del objeto valor son el pueblo, la fructificación de los campos, el poder matar a las fieras o al enemigo.

El amante humano tiene una carencia inicial. Es un soltero que no tiene o no desea aún mujer. Es una joven que está en la misma situación. Es una mujer sin marido o con uno deficiente. Estas caracterizaciones iniciales no siempre son explícitas o son presentadas de manera indirecta. Por ejemplo, un relato comienza contando que una joven se entregaba a un gusano. No se dice por qué lo hacía, pero tanto el narrador como el oyente indígena saben que si esa chica actuaba así es porque, obviamente, no tenía amante o marido humano, o no estaba satisfecha con su pareja. Si uno está bien con el humano no necesita al animal. Otros cuentos dicen que la mujer tenía un buen marido pero que era un pésimo cazador. Que fuese buen marido es un eufemismo: un esposo realmente bueno da suficiente carne a su mujer, es decir, tiene que ser un experto cazador. Al final de la historia, el humano que convivió con un animal tendrá el objeto valor que le faltaba al principio.

La bestia amante es el sujeto operador —el que hace posible que la mujer pase de la carencia a la posesión del objeto valor—. Es un personaje que toma múltiples figuras: una serpiente, un gusano, un tigre, un ave, un insecto... Encarna la satisfacción salvaje, el amor parcial. Nunca satisface plenamente, pues no es un hombre. Sólo da placer sexual o bien alimenta sin dar afecto y seguridad. Una vez que la persona insatisfecha ha pasado por ese periodo de *matrimonio con la naturaleza*, el animal muere a manos de quienes representan la sociedad humana y adulta. Terminada su función, es eliminado. La muerte, en general violenta, del amante silvestre supone una visión de rivalidad y de oposición complementaria entre la naturaleza y la sociedad, entre las fieras que parecen animales o son falsos hombres y los humanos cabales.

El personaje que rompe el vínculo de pasión entre el humano y la bestia es, repetimos, un representante de la sociedad adulta y auténtica. Puede ser la madre, los padres de la amante del animal, un hermano de la engañada, el esposo.

Diremos que un relato sigue el tema del matrimonio con la naturaleza cuando en él están presentes, tal como los hemos de-

finido: el programa narrativo (una carencia inicial, un intermedio salvaje y un final adulto), los personajes (el individuo con carencia, la bestia, el sancionador) y el objeto valor (la satisfacción sexual y la vida adulta).

El tema en cuestión se manifiesta a través de unas variantes y hace hincapié en diferentes asuntos; así los relatos abordan el tema siguiendo alguna de estas posibilidades:

— La narración viene a ser un comentario sobre la iniciación sexual o a la vida adulta: una persona joven se transforma en adulta gracias a un previo periodo de relaciones silvestres.

— El periodo de amor salvaje viene a ser una suerte de nueva iniciación; la causa es una falla en la vida conyugal.

— El que cambia no es sólo el individuo; con él, la sociedad humana logra también su madurez y satisfacción. Es una adultez global a expensas de la derrota o sumisión de la naturaleza.

— El matrimonio entre un humano y una fiera marca no el paso a la plenitud, a la adultez de la humana o de los suyos, sino al revés: la naturaleza es la que al final parece ganar sobre la sociedad humana.

— Hay narraciones que utilizan este tema para explicar unas adquisiciones como el origen de una enfermedad humana producida por un insecto, la aparición de una plaga o el de un animal que hace fructificar los campos.

— El programa narrativo del matrimonio con la naturaleza organiza sólo una parte de un relato mayor.

— El tema del matrimonio con la naturaleza puede servir para abordar otros asuntos: la vida breve, la calidad moderada o mediocre de la cultura, el comienzo de la vida conyugal, la invención de las artes de la cultura.

Los mitos y cuentos que tratan del matrimonio con la naturaleza, su forma y preocupaciones, son comunes a numerosos relatos amazónico-occidentales, también andino-centrales. No es un tipo de narración aislado, es parte de un vasto concierto. A partir del matrimonio con la naturaleza, podríamos seguir variaciones y transformaciones cada vez más lejanas. El matrimonio con la naturaleza no es sino una trama de un tejido oral que siempre se repite y cambia a la vez.

Vamos a presentar unas narraciones que ilustran las principales variantes de estas historias de pasión entre un humano carente y un animal que le da lo que la sociedad le niega o no posee. Empezaremos con un cuento andino, en quechua del Cuzco, que explicita tanto los valores en juego como cada una de las partes del programa narrativo de los relatos sobre el matrimonio con la naturaleza.

LA AMANTE DE LA CULEBRA

Era la única hija de un matrimonio. Todos los días iba a la montaña a cuidar el ganado. El padre y la madre no tenían más hijos que ella. Y por eso la mandaban día a día a pastar el ganado. La moza era ya casadera, muy desarrollada y hermosa.

Cierta día, en la cumbre de un cerro, se le acercó un joven muy fino, muy delgado.

—Sé mi amante —le dijo. Y siguió hablándole de amor.

Viéndolo alto y vigoroso, la joven aceptó.

Desde entonces se veían en la montaña; allí se amaban.

—Quiero que me traigas siempre harina flor tostada —dijo el mozo a la pastora.

Ella cumplió el encargo de su amante. Y le llevaba harina flor cocida, todos los días. Comían juntos, se servían el uno al otro.

Así vivieron durante mucho tiempo. El mozo caminaba y corría de bruces, se arrastraba como si tuviera muchos pies menudos. Es que no era hombre. Era serpiente. Pero para los ojos de ella semejaba un mozo delgado y alto.

La moza quedó encinta y dijo al joven:

—Estoy embarazada. Cuando lo sepan mis padres me reconvendrán y me preguntarán quién es el padre de mi hijo. Debemos decidir si vamos a mi casa o a la tuya.

El mozo contestó:

—Tendremos que ir a tu casa. Y yo no podré entrar libremente, no es posible. Dime si junto al batán de tu casa hay un hueco en la pared. ¿No hay siempre junto a los batanes un hueco que sirve para guardar el estropajo con que se limpia la piedra?

—Sí; junto al batán hay ese hueco.

—Me llevarás allí —dijo el mozo.

Y la joven preguntó:

—¿Qué podrías hacer en ese hueco?

—Allí viviría de día y de noche.

—No cabrías. No es posible; es un hueco muy pequeño.

—Entraré. Y me servirá de vivienda. Ahora quiero saber en qué sitio duermes: en la cocina o en el granero.

—Yo duermo en la cocina —dijo la joven—. Duermo con mis padres.

—¿Y en qué sitio está el batán?

—Nuestro batán está en el granero.

—Cuando yo vaya, dormirás en el suelo, junto al batán.

—¿Y cómo podré separarme de mis padres? Ellos no querrán que duerma sola.

—Simularás temer que los ladrones roben el granero. «Yo dormiré allí para cuidar», les dirás. Y tú sola entrarás a moler en el batán; no permitirás que tus padres lo hagan. Cada vez que muelas harina, arrojarás un poco al hueco en que he de habitar. Me alimentaré únicamente de eso. No comeré

otra cosa. Y para que no me vean taparás cuidadosamente el hueco con la mota de limpiar el batán.

Entonces, preguntó la joven:

—¿No puedes presentarte libremente ante mis padres?

—No; no puedo —contestó él—. Poco a poco iré apareciendo ante ellos.

—¿Y cómo has de habitar en ese hueco? Es muy pequeño, apenas si cabe un trozo de lana.

—Tendrás que agrandarlo por dentro.

—Bueno —dijo la joven—, tú sabrás de qué manera te acomodas allí.

—Pero tendrás que agrandarlo por dentro.

—Bien —contestó la amante.

Esa noche la moza fue sola a su casa; entró al granero furtivamente y agrandó el hueco que había junto al batán. El mozo se deslizó suavemente por el agujero. La joven decía para sí, mientras el mozo se dirigía al hueco: «¡Es imposible! No podrá entrar».

Esa misma noche la joven dijo a sus padres:

—Padre mío, madre mía: es posible que los ladrones nos roben todas las cosas que tenemos en la despensa. Desde ahora voy a dormir en el cuarto donde guardamos los alimentos.

—Anda, hija mía —asintieron los padres.

La joven llevó su cama a la despensa y la tendió en el suelo, junto al batán. La serpiente se deslizó al lecho, y los amantes durmieron juntos. Todas las noches dormían juntos, desde entonces.

Cuando había que moler en el batán la joven no permitía que otro lo hiciera; iba ella, y arrojaba puñados de harina en el hueco del estropajo. Antes de irse cerraba el hueco con el pellejo que servía para limpiar el batán. De ese modo, ni los padres ni nadie pudieron ver lo que había en ese agujero. Los padres no sospechaban; no se les ocurría destapar el hueco y ver su interior. Sólo cuando se dieron cuenta de que su hija estaba embarazada, se inquietaron y decidieron hablar.

—Parece que nuestra hija está encinta —dijeron—. Es necesario que le preguntemos quién es el padre.

La llamaron y la interrogaron:

—Estás embarazada. ¿Quién es el padre de tu hijo?

Pero ella no contestó.

Entonces el padre y la madre le preguntaron a solas, ya uno ya la otra. Mas ella siguió enmudeciendo.

Hasta que sintió los dolores del parto, una noche y otra noche. Los padres la atendían. Y la serpiente no pudo deslizarse durante esas noches al lecho de la joven.

La serpiente ya no vivía en el hueco. Creció mucho, se hizo enorme, y ya no pudo entrar en el agujero de la pared. Succionando la sangre de la joven había engordado y estaba henchida y rojiza. Escarbó la base del batán, hizo un agujero allí, y trasladó su vivienda. Era una especie de cueva bajo el batán, un gran nido, la nueva vivienda de la serpiente. Había engordado

en redondo, a lo ancho; estaba pletórica. Pero para los ojos de su amante no era culebra, era un mozo. Un mozo que engordaba reciamente.

No podían cubrir ya los amantes la cueva que escarbaron bajo el batán. Por eso la joven doblaba las mantas de su cama y las tendía unas sobre otras en la base de la piedra, todas las mañanas. Así pudieron ocultar el nido de la serpiente de los ojos del padre y de la madre cuando éstos entraban al granero.

Ante el silencio irreductible de su hija los padres decidieron averiguar; preguntaban a las gentes del ayllu:

—Nuestra hija ha aparecido embarazada de la nada. ¿No [la] habéis visto en algún lugar hablar con alguien? ¿Quizá en los campos donde apacentaba el ganado?

Pero todos contestaban:

—No; no hemos visto nada.

—¿Dónde la hacéis dormir? —preguntaron algunos.

—Al principio dormía junto con nosotros, en el mismo cuarto. Pero ahora insiste en dormir en la despensa; allí tiende su cama, en el suelo, junto al batán. Y sólo ella quiere ir a moler; no permite que nadie se acerque al batán.

—¿Y por qué causa se opone a que os acerquéis al batán? ¿Qué dice? —preguntaban.

—«No os acerquéis, padres míos, al batán; podréis ensuciar mi cama; yo sola voy a moler», dice ella —respondieron los padres.

—¿Y por qué no quiere que os acerquéis al batán? —interrogaban.

—Ha sufrido ya los primeros dolores del parto —contestaban los padres.

Entonces dijeron:

—Id donde el adivino. Pedidle que vea y averigüe. La gente común no podemos saber lo que ocurre. ¡Qué será!

El padre y la madre fueron en busca del adivino. Llevaron un atado pequeño de coca. Pidieron que viera el caso de su hija.

—Mi hija no se siente bien; no sabemos lo que tiene —le dijeron.

El adivino preguntó:

—¿Qué le pasa a vuestra hija? ¿Qué le duele?

—Ha aparecido embarazada. No sabemos de quién. Hace tiempo que ha empezado a sufrir los dolores, noche tras noche. Y no puede dar a luz. No quiere decirnos quién es el padre —dijo la mujer.

El adivino consultó en las hojas de coca y dijo:

—¡Algo, algo hay bajo el batán de tu casa! Y ése es el padre. Porque el padre no es gente, no es hombre.

—¿Y qué puede ser? —contestaron temerosos los ancianos—. Adivina pues todo, adivina bien, te lo rogamos.

Entonces el adivino siguió hablando:

—¡Allí dentro hay una serpiente! ¡No es un hombre!

—¿Y qué hemos de hacer? —preguntaron los padres.

El adivino meditó unos instantes y volvió a hablar, dirigiéndose al padre:

—Tu hija se opondrá a que matéis a la serpiente. «¡Matadme a mí primero antes que a mi amante!», os dirá. Envíala lejos, a cualquier lugar que esté a un día de camino. Y aun a esa orden se negará. Dile de este modo, tomando el nombre de algún pueblo: «Sé que en ese pueblo hay un remedio y tráemelo. Me dicen que con ese remedio podrás dar a luz. Si no me obedeces esta vez, te apalearé; te golpearé hasta que mueras», le dirás. Sólo así conseguirás que vaya. Al mismo tiempo contratarás gente armada de palos, de machetes y fuertes garrotes. Luego harás que tu hija salga a cumplir tu mandato. Y cuando ella esté lejos, entraréis todos al granero y empujaréis el batán. Allí debajo hay una gran serpiente. La golpearéis hasta matarla. Cuidaos de que la culebra no salte hacia vosotros, porque si salta, os matará. La degollaréis bien; abriréis una sepultura y la enterraréis.

—Bien, señor. Cumpliremos tus instrucciones —dijo el padre, y salió; su mujer le seguía.

Inmediatamente fue a buscar gente; hombres fuertes que le ayudaran a matar a la bestia. Contrató diez hombres, bien armados de garrotes y de filudos machetes.

—Mañana, cuando mi hija se haya marchado, vendréis a mi casa, caminando sin que nadie os vea —les dijo.

A la mañana siguiente ordenaron a la joven que cocinara su fiambre. La hicieron levantar temprano. Le dieron dinero, para simular el mandato, y le dijeron:

—Con este dinero comprarás el remedio para dar a luz. En Sumakk Marka, en aquel pueblo que está en la otra banda del río, encontrarás el remedio.

Pero la moza no quiso obedecer.

—Yo no puedo ir —dijo—. No quiero.

Entonces los padres la amenazaron:

—Si no vas, si no traes el remedio, te mataremos a palos. Te golpearemos hasta destrozar el feto que llevas en el vientre.

Atemorizada, la joven se echó a andar. La vieron caminar hasta que se perdió de vista. Cuando hubo desaparecido en la lejanía, los hombres contratados se dirigieron todos al patio. Se repartieron su ración de coca; masticaron durante un rato, y luego entraron al granero; trasladaron al patio todas las cosas que allí había; finalmente, sacaron la cama de la mujer.

Y se armaron. Con los garrotes al hombro y empuñando los machetes entraron al granero; rodearon el batán y esperaron. Empujaron el batán: una serpiente gruesa estaba tendida allí; tenía una gran cabeza, semejante a la de un hombre; estaba engordando. «¡Wat'akk!», saltó la serpiente al verse descubierta, su cuerpo pesado produjo un ruido al erguirse. Los diez hombres la golpearon y la hirieron. La dividieron en varios trozos. Su cabeza fue arrojada fuera, a la pampa. Y allí empezó a debatirse; saltaba, hervía sobre el suelo. Los hombres la seguían y la machucaban, iban donde caía y trataban de abatirla. La golpeaban desde alto; su sangre corría por los suelos; brotaba a chorros del cuerpo mutilado. Pero no podía morir.

Y cuando estaban golpeando la cabeza de la serpiente, en ese momento, llegó la mujer, la amante. Al ver gente reunida en el patio, corrió al granero,

hacia el batán. La piedra estaba bañada en sangre. El nido de la serpiente estaba vacío. Volvió la cabeza para mirar el patio: varios hombres golpeaban con garrotes la cabeza de su amante. Entonces lanzó un grito de muerte:

—¿Por qué, por qué destrozáis la cabeza de mi amante? ¡Porque matéis! —exclamó—. ¡Éste era mi marido! ¡Éste es el padre de mi hijo!

Volvió a gritar; su voz colmó la casa. Contempló la sangre y sintió espanto. Y por el esfuerzo que hizo para gritar, abortó: una multitud de pequeñas culebras se retorcieron en el suelo, cubrieron la tierra del patio, saltando y arrastrándose.

Mataron, al fin, a la gran culebra. Mataron también a las serpientes pequeñas. Las persiguieron a todas y las fueron aplastando. Luego, unos hombres cavaron un hoyo en la tierra y los otros barrieron la sangre. Barrieron la sangre de toda la casa, la juntaron cerca del hoyo y enterraron a las serpientes y el barro de sangre. Y llevaron a la joven hasta la habitación de los padres. Allí la curaron. Volvieron las cosas del granero a su lugar primitivo. Limpiaron y arreglaron la casa. Cargaron el batán hasta una cascada del río; colocaron la piedra bajo el chorro y allí la dejaron. Y cuando hubo quedado todo en orden, los padres de la joven dieron a cada hombre lo que era justo, por su trabajo. Ellos recibieron su salario y se fueron.

Más tarde, los padres preguntaron a su hija:

—¿Cómo, de qué modo pudiste vivir con una serpiente? No era hombre tu marido; era el demonio.

Sólo entonces la joven confesó su historia; hizo el relato de su primer encuentro con la serpiente. Y todo se llegó a saber, y quedó aclarado. Los padres curaron a su hija, la cuidaron y la sanaron, de su cuerpo y de su alma. Y luego, mucho después, la joven se casó con un hombre bueno. Y su vida fue feliz (Arguedas, 1949: 95-104).

La moza era casadera, es decir, no tenía marido. El decorado de esta situación inicial no hace sino complementar el estado de carencia: era hija única y cuidaba ganado. Tener sólo una hija significa para los andinos una situación de orfandad. La ganadería es, también para los andinos, una actividad marginal —medio salvaje— en comparación con la agricultura. Los pastores suelen ser niños y adolescentes, gente sin pareja. Es en ese ambiente apartado, considerado medio silvestre, donde los jóvenes pastores suelen tener sus primeros juegos y aventuras amorosos. Estas relaciones son furtivas, transcurren en el prado o la montaña lejana, sin el conocimiento de los mayores.

Esta primera transformación —de chica solitaria a amante furtiva— refleja unas prácticas e ideas andinas sobre los jóvenes pastores. El inicio de los amores entre la moza y el joven delgado es propio de esa época de la vida. La delgadez del muchacho es una manifestación de su condición: un mozo solitario no tiene amiga

«que lo alimente». El que dos pastorcitos se amen sin casi conocerse es algo bastante común. Nada parece extraordinario en el amor narrado en el cuento, ni siquiera que el mozo se arrastre y dé tumbos como una animal: después de todo, las aventuras iniciales tienen un carácter silvestre. El joven pastor amante, tanto el del cuento como el de la realidad, es un animalito o actúa como tal. Los cantos de amor pastoril suelen manifestar la emoción del secreto y de lo prohibido; la persona amada es en el canto una vicuña, un venado, un pato; el escondite de amor y su escenario son figurados o evocados como un pueblo de piedra, un redil, una laguna al otro lado de la montaña; sus lances y emociones son como tales o cuales flores del campo.

En la vida corriente el embarazo suele marcar el inicio del final de las relaciones silvestres. En el cuento, también. Cuando una muchacha sale encinta, una posibilidad es que ella introduzca a su amante y futuro padre a la casa de los suyos sin que éstos lo sepan. Luego, con el tiempo, irán advirtiéndolo la presencia del amante. Entonces, terminarán por acostumbrarse a su presencia, a aceptarlo, o empezarán las tratativas matrimoniales entre los parientes de la nueva pareja. Es así como muere la pasión salvaje y nace el amor adulto; y los padres son los que adquieren la competencia para ejecutar esa muerte y renacer. El muchacho deja de ser una animalito que se mima a escondidas. Los novios dejan de verse como el pato de la laguna o el venado de las cumbres. La vida adulta, la unión reconocida por la sociedad, empiezan. En *La amante de la culebra* el matrimonio con la naturaleza es, entonces, una metáfora y una alusión de esas aventuras iniciales, ocultas y silvestres propias de los pastores andinos y que son la antesala de la vida adulta.

Al final del relato, la moza se «cura de su enfermedad» y se casa con un hombre y es feliz. Según la lógica del cuento y la costumbre, todo esposo o esposa fue antes una fierecilla que murió para renacer casada. El marido humano de la moza viene a ser, según esta lógica, una ex fiera, tal vez la misma culebra, ahora hecha hombre. El cuento parece decir: «Para ser hombre hay que ser primero bestia o amante de ella. Todos los adultos son ex fieras».

La historia, el cuento y la aventura real, se repiten cada vez que dos pastores inician sus juegos de pasión. Entonces, la culebra vuelve. Después de todo, los andinos creen que los ofidios renacen cuando cambian de piel.

Un cuento jíbaro-aguaruna (Amazonia occidental) sigue el mismo esquema narrativo de *La amante de la culebra*. El amante no es una culebra sino un gusano:

LA MUJER Y LA LOMBRIZ *kajíp*

Una mujer, al regresar de la chacra, siempre se ponía a moler maíz en el *púmput*². Levantaba su *tarachi* para sentarse y, al ruido que hacía al golpear con el mazo, una *kajíp* (lombriz grande) salía de su agujero y la poseía. Después la mujer se levantaba y tapaba con el *púmput* el agujero de la *kajíp* para que su madre no sospechase nada.

Así estuvieron muchos días hasta que la mujer quedó embarazada.

—¿Quién te ha embarazado? —preguntó la madre extrañada. Pero la mujer no quiso dar explicaciones.

Pasados los días dio a luz un niño muy moreno.

Cuando el niño creció le gustaba jugar en el agua. Su madre le sacaba afuera cuando llovía y él se quedaba jugando hasta que escampaba. Esta afición al agua le venía de su padre *kajíp*.

Un día la mujer se fue a la chacra dejando al niño con su *dukúch* (abuela). Antes de salir le recomendó:

—No bañes a mi hijo con agua caliente; hazlo sólo con agua fría.

Al quedarse sola, la *dukúch* pensó:

—¿Por qué habrá dicho eso mi hija? Voy a bañarle con agua caliente, a ver qué pasa.

Calentó agua en una olla, bañó al niño y, al echarle el agua caliente iba desapareciendo, quebrándose, hasta convertirse en una *kajíp*.

—¡Quizás una *kajíp* la dejó embarazada! —pensó la madre. Recordando lo que hacía su hija, levantó el *púmput* y vio el agujero de la *kajíp*. Entonces, preparó más agua caliente y se sentó a moler maíz colocándose como había visto hacer a su hija. Al poco rato salió la *kajíp*, diciendo:

—*iKau!, ikau!, ikau!*

Echándole agua caliente la mató. Después, para que su hija no notase nada, barrió la casa, secó el suelo con ceniza y en la hamaca colocó unas ropitas del niño imitando su cuerpo.

Cuando llegó la mujer de la chacra, dijo:

—¿Dónde está mi hijito?

—Está dormido.

Se puso a moler maíz como hacía habitualmente pero la *kajíp* no salió.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó intrigada. Entonces, la madre, enojada, dijo:

—¿Con quién estabas cuando molías maíz? Con una *kajíp* tenías relaciones, ¿no?

Como la mujer no decía nada, siguió diciendo:

—Al niño lo bañé con agua caliente y se convirtió en una *kajíp*. Fuera lo tiré.

Desde entonces, cuando nace algún niño muy moreno dicen que es hijo de *kajíp* (García-Rendueles, 1979, II: 449).

2. Bandeja grande de madera donde se macera la yuca cocinada para preparar el masato. (Nota de García-Rendueles).

La carencia inicial en este cuento no es explícita. Si la mujer se entregaba a una lombriz es, sin duda, porque le faltaba hombre. En dos relatos similares, también jíbaro-aguarunas y de la misma colección de García-Rendueles, se señala la razón de la pasión bes-tial: en uno se dice que es porque los hombres no tenían relaciones con las mujeres; en el otro, una mujer lo hacía, pues añoraba lo que no tenía, un varón de verdad. Así son descritas ambas situaciones iniciales:

LA MUJER Y EL GUSANO WAGA
(fragmento, traducción literal)

(Cuento) de las mujeres de los antiguos viejos. Las gentes habían ocupado toda la Tierra, dicen. ¿Por qué no tendrían relaciones sexuales con las mujeres (y evitar así que el gusano *waga*³ interviniera)?

Teniendo relaciones, teniendo relaciones con Waga (una mujer) quedó embarazada; así estaba (García-Rendueles, 1979, I: 445).

LA MUJER Y EL GUSANO NÁMPICH
(fragmento, traducción literal)

Antiguamente, icómo echaría de menos (la mujer) al hombre que tuvo relaciones con el gusano Námpich! Entonces, (la mujer) teniendo relaciones, teniendo relaciones con námpich, se acostumbró (García-Rendueles, 1979, I: 451).

En otros relatos amazónicos el amante es un felino, en especial el jaguar:

LA MUJER RAPTADA POR EL TIGRE
(pano-cashinagua)

Una mujer tenía un buen marido pero era un pésimo cazador. La gente se burlaba de ella: «Tú nunca comes carne. Tu marido te tiene a pura yuca»⁴.

Cierta vez, el marido trataba de cazar y su mujer lo acompañaba. Escucharon un ruido lejano. «Debe de ser de monos. Quédate aquí. Voy a intentar cazar algo».

La mujer se quedó sola en medio del bosque. En eso, se le apareció un hombre fornido, bien pintado, el rostro encendido, los ojos rasgados, tenía algunas manchas de sangre en los brazos: todo el aspecto de un buen cazador.

3. *Waga. Hatunyuntu*. Es el *Tinamus major*.

4. El cultivo, en este caso de la yuca, es una labor femenina. Como el marido no cazaba ni, al parecer, pescaba, el hogar se alimentaba de la fuente básica de carbohidratos, la yuca.

«¿Qué haces ahí sola? ¿Acaso no tienes marido?». Ella le contó lo que pasaba. «¡Ah, ese tu marido te abandona en medio del bosque para que te coma el tigre! No te trae carne. Si me sigues, te daré carne. Nada te faltará». Como el aspecto del cazador era decidido y fiero, ella aceptó.

El hombre tigre le traía buena carne ahumada. Nada le faltaba. Estaba satisfecha. Él comía gente. Cazaba paisanos, nacionales, de todo; los devoraba crudos. Uno al lado del otro, ella a sus pies, pegada a sus pantorrillas, cada cual comiendo lo suyo: ella, animales; él, gente.

Cierta vez, los parientes del marido que perdió a su mujer organizaron una cacería. El más joven de ellos era un hermano menor de la raptada y un brillante cazador. Se puso a buscar alguna golosina para su madre. Así es como halló las huellas de un felino que se entrecruzaban con las de una mujer.

Los jóvenes fabricaron una trampa para el tigre. Cuando cayó en ella, lo flecharon hasta matarlo y rescataron a la mujer.

(Texto elaborado a partir de D'Ans, 1975: 189-195; el libro contiene sólo la versión en castellano.)

El buen marido no lo era tanto. El texto original afirma que era un buen cultivador, una excelente persona, pero eso no basta. La horticultura es una labor femenina, y de manera secundaria, masculina. Tampoco es suficiente que fuese «bueno» en el sentido de afable o cariñoso, como insinúa el texto: ser cazador es una cualidad necesaria para ser un hombre cabal. La mujer sufría, pues, por falta de carne. El marido no sólo era mal cazador sino que descuidaba a su mujer. Un hombre cuya mujer lo acompaña a cazar, evita dejarla sola en medio del bosque. Es un lugar peligroso, puede aparecer el enemigo, las fieras y los espíritus transitan por ahí. Cualquiera de ellos podría seducir o raptar a la mujer «abandonada» en tal lugar. Dejarla sola es casi una provocación para «que se la coma el tigre».

Mientras que los amantes culebra y gusano satisfacen sexualmente a la moza o a la mujer en carencia, en este cuento el tigre satisface oralmente a la mujer.

El periodo de vida salvaje en este cuento tiene dos sucesivos escenarios: en el primero, la mujer es satisfecha por su felino; en el segundo, los parientes de la seducida participan de una cacería, probablemente, en el monte. Ambos escenarios son de iniciación: la mujer aprende o se acostumbra a comer carne; y los jóvenes participantes de la expedición llegarán a cazar y a vengarse. Mujer y jóvenes, ambos, para lograr la plenitud, pasan por sendos intermedios silvestres.

La manera como se describe al tigre, un guerrero que mata y devora enemigos, concuerda con otros relatos de la región en que el amante fiera es en verdad un enemigo, un humano de segunda categoría, o un ser entre hombre y bestia. Matar al enemigo es probar que se es guerrero. Caza y guerra son equivalentes, dos actividades necesarias del adulto masculino. Las guerras en la Amazonia occidental eran motivadas por venganzas. El rapto del enemigo es un motivo de represalias, de guerra. El enemigo es siempre un potencial raptor de las mujeres de los auténticos humanos. Es una medio bestia que seduce; y si logra hacerlo, es porque la víctima se encuentra en carencia: es una muchacha sin novio o una mujer descuidada por el marido.

El iniciador también es un reparador porque suple una carencia. Un animal o un enemigo es el iniciador. Sólo los parientes de uno son los auténticos humanos. Los otros, enemigos o animales, son peligrosos, seductores, pero cumplen una función básica del ciclo vital: convierten a los individuos, verdaderos humanos, en adultos plenos. El hombre necesita de la naturaleza, de sus peligros y sortilegio, para acceder luego a la sociedad; tiene que renunciar a la pasión que la bestia despierta y aniquilarla.

La indiferencia, el desdén que los hombres tenían por las mujeres puede reflejar una cierta carestía de varones con relación a las mujeres debido a las constantes guerras en las que vivían pueblos como los jíbaros. Sin embargo, un tema de la mitología de la región es, precisamente, la indiferencia, la asexualidad o la no sexualidad de los principios de la humanidad. Este tema está sugerido en los relatos que hemos visto sobre los gusanos y tigres amantes: aquél era un mundo sin hombres para las mujeres o éstos eran desdeñosos con ellas. Daremos un ejemplo sobre este tema y sobre cómo se descubrió la sexualidad actual:

DE CÓMO SE ORIGINÓ EL USO DEL SEXO

(pano-cashinagua)

En un tiempo remoto, nuestros antepasados ignoraban el uso del sexo. Había mujeres pero nadie les prestaba atención; al menos en lo que las diferencia de los hombres.

Sin embargo un día, un joven más curioso que los demás, mientras conversaba con una muchacha, se fijó en su entrepierna y lo que vio sí le llamó la atención.

—¿Qué tienes allí? —le preguntó.

—No sé —contestó ella—. Siempre he sido así.

Él miró la cosa más de cerca..., concluyó que debía ser una llaga, y más valía curarla lo antes posible.

—Ponte a dieta —recomendó a la joven—. Acuéstate y ayuna hasta que encontremos el remedio para curar esa fea llaga.

La muchacha ganó su hamaca y se puso a dieta. Le prohibieron todo lo que al madurar o al ser cocinado pudiese rajarse y abrirse, tal como plátanos, yuca sancochada y toda clase de frutas.

Entonces, todos los hombres dotados de razón se consultaron y se reunieron para examinar la llaga de la muchacha. Verdaderamente, había que sanar aquello. Pero ¿con qué? Por turno, iban a internarse en el bosque y regresaban con una planta, hojas, raíces o alguna sogá diferente. Hicieron cocciones, pomadas y ungüentos. Uno por vez, se aproximaban al sexo de la joven mujer y aplicaban su remedio.

No obstante, la maldita llaga no se decidía a sanar. Por el contrario, si aquel que la curaba tenía una cortadura en el dedo, ésta sanaba; si una verruga, también desaparecía; si sarna, al día siguiente ya no existía. Otros curaban dolores de cabeza, reumatismos y toda suerte de malestares.

Desde entonces, hemos guardado las recetas de esos diversos remedios, inventados por casualidad en aquella ocasión.

Pero en lo concerniente a la llaga del bajo vientre de nuestra antecesora, nada que hacer, ¡no daba señal de mejoría!

El muchacho curioso, el descubridor de la llaga, era el único que aún no había probado sus remedios en la joven. Se encaminó al bosque para buscar lo que podría sanarla de una vez por todas. Mientras recorría el bosque en busca de plantas medicinales, escuchó de repente el típico alboroto de monos en la arboleda. Rápidamente se escondió, con la esperanza de matar alguno si se aproximaba. No tardaron en aparecer dos monos, persiguiéndose. Súbitamente, no lejos del joven y bajo sus ojos asombrados, uno de los animales se colocó de espaldas sobre la rama principal de un árbol, mientras que el otro comenzaba a fornicar con él... o mejor dicho, ¡con ella! En ese instante la luz se hizo en el espíritu del joven: esos monos eran una hembra y un macho, y lo que hacían...

«¡Caray!», se dijo el joven. «¡Entonces, no es una llaga! Es un...». Y en ese momento inventó el término «sexo de mujer».

Deslumbrado por su descubrimiento, ganó rápidamente el pueblo. Reunió a todos los curanderos cuyos esfuerzos habían resultado vanos en el intento de curar a la joven. La pobre todavía seguía dietando.

—¡No es una llaga! —les dijo, e inmediatamente les contó lo que había visto en el bosque.

—¡Qué interesante! —asintieron los otros—. Si los animales hacen así, entonces nosotros debemos hacerlo igual. Ensayá tú primero, pues tú has visto cómo sucede eso. Nosotros observaremos cómo te comportas y luego ensayaremos a nuestra vez.

El muchacho se reunió con la joven en su hamaca. La acomodó tal como la mona se había dispuesto y, repitiendo punto por punto la actitud del macho, mostró a sus compañeros la única y verdadera forma de sanar lo que habían tomado en un principio y por error como llaga.

Este primer éxito concitó gran entusiasmo, sobre todo entre las demás mujeres. Comenzaron a empujarse, buscando que el joven las iniciara a ellas también en ese nuevo uso. A todas, fuesen jóvenes, mujeres, ancianas, niñas, recién nacidas, él prestó el mismo servicio.

Ahora el joven, muy fatigado, estaba echado de espaldas, cuando una última jovencita se le acercó. Como ya no estaba en condiciones de montarla, ella se agachó en cuclillas sobre su regazo ¡Mala suerte! Al sentarse sobre él, le dobló la verga y se la rompió. Así fue como murió el que había descubierto el uso del sexo (D'Ans, 1975: 133-136).

Un sexo femenino sin uso es como una herida, un mal que sólo el varón puede curar. Esta idea o metáfora es solidaria con la concepción amazónica del sexo: si no se le usa en su debido momento es que algo falla. El texto cuenta que para tratar de curar ese mal de los primeros tiempos, los hombres se internaron en el bosque y aprendieron la herbolaria.

El héroe de este mito también necesita ir al bosque para salir de la ignorancia en la que se encontraba la gente. En ese medio salvaje, no se vuelve herbolario ni se casa con la naturaleza, pero presencia un matrimonio en la naturaleza. La iniciación para él y la humanidad pasa, como en los relatos que estamos revisando, por una unión que transcurre en el medio silvestre. Sólo que en este caso aprende viendo y no amando a un animal. El héroe inaugura la vida sexual teniendo unas relaciones excesivas, la ruptura de su miembro viril, el inicio de la sexualidad moderada (esta consecuencia está implícita en el texto). Así, según este relato, la humanidad pasa por tres momentos: una asexualidad primera, una sexualidad excesiva, de iniciación, relacionada con la animalidad, y finalmente, una sexualidad moderada.

Las mujeres se muestran insaciables con el saber del héroe adquirido en el monte. Esto responde a una idea que tienen los hombres amazónicos: ellas son voluptuosas, imperiosas en materia de sexo. Ese prejuicio amazónico las situaría más cerca de la naturaleza que a los varones. Sin embargo, muchas actividades cotidianas masculinas implican un comercio con el mundo natural: el cazar y guerrear los acerca al monte, a los espíritus de los animales. Cazar y matar también son actividades de un animal muy importante para los selváticos, el jaguar.

Otro mito pano-cashinagua de la misma colección cuenta que en los primeros tiempos, luego de hacer el amor, se desprendía del sexo de las mujeres un perfume delicioso, a mixtura de frutas. Cierta vez, dos jóvenes amantes se dieron cita en el campo que

él estaba rozando para hacer ahí un huerto. Luego de amarse, la maravillosa fragancia envolvió el campo. Como no querían que los demás supiesen lo que habían hecho, el novio cogió un poco de la podredumbre de un papayo caído, y se lo pasó por el sexo de la amante. Desde entonces, las mujeres que acaban de tener relaciones despiden un olor a papayo podrido; es un olor parecido al de las llagas. Por eso, ahora, las mujeres se lavan después de tener relaciones. Este mito complementa el anterior: de una sexualidad desbordante como el perfume de todas las frutas, se pasó a una mediana que huele a herida. Indiferencia o exceso, o ambas sucesivamente, esta situación inicial de los tiempos remotos aclara el tema del matrimonio con la naturaleza: se pasa de una carencia a un exceso para terminar en una relación sexual adulta, la cual no es desdeñosa ni desmedida.

Según los relatos revisados, la iniciación sexual es adquirida en la naturaleza. Y con esa iniciación se logra la vida social adulta. Otros mitos relacionan la adquisición de otros bienes con el tema del matrimonio con la naturaleza, es el caso de este mito cahuapana-chayahuita:

EL GUSANO CUNTAN
HACE CRECER RÁPIDO LA YUCA

Una mujer tenía un hijo que era mozo. Vivían solos. Su madre le dijo que era tiempo que consiguiera una mujer. Él rechazó la idea: «No quiero mujer. Yo vivo en paz solo».

Vivió tanto tiempo solo que, cierta noche, su madre escuchó un pequeño ruido que provenía de la cama del mozo: «¿Mi hijo estará conversando solo? Como no quiere estar con mujer, seguro que conversa solo».

Cierta vez, el hijo se fue al monte. La madre cocinó y luego se puso a barrer la casa. Al hacerlo, descubrió que debajo de la cama de su hijo había un gusano hembra, Cuntan, pegado debajo de la tarima. La lombriz estaba preñada. La madre la cogió y la tiró al fuego de la cocina. Al quemarse, el vientre se reventó y salió de ahí un niño.

Cuando el muchacho regresó y se enteró por su madre de lo ocurrido, tuvo mucha pena. La madre lo consoló y le prometió criar al recién nacido.

Cuando el niño, hijo de Cuntan, llegó a la edad de ayudar a los mayores, acompañó a la abuela al campo de yuca. Cada vez que juntaba las hojas de yuca, la planta crecía lozana y hermosa. Por eso, la abuela, el padre y el hijo vivieron felices.

La gente empezó a criticar y a burlarse del padre: «Tu hijo no es persona, es demonio». «Tienes un hijo gusano». «Has convivido con una lombriz». «¿Son más bellas las lombrices que las mujeres?». El padre sintió vergüenza. Por eso, un día llevó a su hijo al monte y lo abandonó.

De pena, el niño quiso y logró convertirse en animal. Escogió ser el sapo *huanqueñan* porque no es comido por los hombres. La abuela lo buscó y, al verlo, también quiso convertirse en ese sapo. Este batracio hace prosperar los campos de yuca.

(Arreglo y resumen nuestro del relato tomado de García Tomás, 1993 ss., VI: 154-162.)

En las noches, el hijo hacía un ruido pequeño en su cama. La madre pensaba que era porque conversaba solo. Es un eufemismo conocido en la Amazonia. Un muchacho encuentra una amiga y se ponen a conversar; es decir, hacen el amor. El joven conversaba solo; esto es, se masturbaba. En verdad, se entretenía con el gusano Cuntan. El bicho salía de su escondite bajo la cama del chico y platicaban. Como es de rigor, la madre descubre la patraña y mata al gusano que entretenía a su hijo. A diferencia de la mayoría de los relatos de este tipo, el producto de ese amor ilusorio no es aniquilado. El hijo del gusano Cuntan es criado por su abuela humana; en otras versiones, por su tío, hermano de su padre gente. Es repudiado por su padre, en parte también por sus tíos. Entonces, junto con su abuela, se convierte en protector de los campos del cultivo principal, la yuca. El que, junto con su abuela, se vuelva sapo, y en otras variantes, en ese mismo batracio y en un jaguar, sugiere que devienen en antepasados de los suyos

Los relatos sobre el hijo del gusano Xaco, son próximos al mito del hijo del gusano Cuntan. El hijo de Xaco se transforma en un héroe cultural. Aporta el arte de fabricar instrumentos. Es un saber que tiene sus dificultades, debido a que uno de los tíos, un malcriado, desobedeció al héroe. De otro modo, no daría trabajo confeccionar los instrumentos. En una de las versiones, el hijo de Xaco proveyó a sus tíos, es decir, a los hombres, de esposas. Como los instrumentos, por una desobediencia de un tío, las mujeres no son fáciles de conseguir. Esposas e instrumentos son marcas de la cultura; pero son bienes limitados. Algo similar ocurre con los animales de caza: también por culpa del tío malcriado, la presa es un trofeo que el hombre adulto arranca a la naturaleza; pero no es simple hacerlo. Veamos estos relatos del hijo de Xaco, fruto del amor escondido entre una mujer que prefirió ese gusano a su marido humano:

EL HIJO DEL GUSANO *XACO*⁵
(primera versión)⁶ (pano-capanahua)

Una mujer tenía relaciones con un gusano *xaco*. Cuando ella partía siguiendo a su marido humano⁷, recomendaba a su madre que no tocara el moledor.

Cuando la mujer regresaba, levantaba el moledor y se sentaba en ese lugar. Entonces se movía y daba de saltitos: «¡que me pica una hormiga!», mentía.

Cierta vez, la madre de la mujer estaba barriendo y se preguntaba el porqué de esa prohibición. Entonces se decidió y movió el moledor. Surgió del hueco un gusano *xaco* que, al saltar, casi le pica un ojo. Mató al gusano con agua hirviendo. La anciana sintió repugnancia al darse cuenta de que su hija tenía por amante a una lombriz.

Cuando la mujer retornó, se sentó como de costumbre sobre el espacio del moledor que retiraba. Pero esta vez, no sintió picadura alguna.

La hija, inquieta, preguntó a su madre si había barrido debajo del moledor. La anciana la recriminó y le dijo lo que había ocurrido.

Entonces, la mujer se fue a parir afuera. Parió gusanos *xaco*. Sólo vivió uno: era un gusano grande. No bien nació, el gusano llamó a su abuela. Ella lo recogió y luego recriminó a su hija diciéndole que no debió abandonar al pequeño, pues ese gusano era humano⁸.

5. *Xaco* (pano-capanahua) es un tipo de gusano que no hemos identificado. Los demás nombres de plantas y animales mencionados son del castellano regional: la palmera (*shapaja*), los monos (*pichicos*)...

6. Esta primera versión coincide con la primera que aparece en el libro de Hall y Betty Loos.

7. El personaje del marido sólo es mencionado para decir que, después de seguirlo cuando se ausentaba, su mujer se entregaba al gusano. En la segunda versión del libro de los Loos se afirma que la mujer tenía un marido al que no quería seguir cuando se ausentaba. En la tercera y cuarta, simplemente se afirma que la amante era una mujer. Las lenguas indígenas, tanto andinas como amazónicas, marcan claramente el estado de moza y de mujer, esto es, de casada. En la quinta variante, el marido aparece en la escena para propinar una paliza a la amante descubierta. La paliza trajo como consecuencia que abortara. El papel del marido parece, entonces, consistir en subrayar aquello que el idioma distingue —«se trata de una mujer y no de una moza»— y, en la quinta versión, es quien la castiga. Con su presencia se resalta el papel de la mujer: casada, pérfida y castigada. El que la paliza del marido haya provocado el aborto da al actor «marido» el papel suplementario de sancionador.

8. En algunas variantes se dice que los gusanitos fueron «botados», paridos y arrojados como basura. Sólo se salvó el héroe. En la segunda versión del libro de los Loos se cuenta que la mujer salió de la chacra y fue al monte para parir a los gusanos. Este detalle es interesante: idealmente, una mujer nativa amazónica pare sola en su campo de cultivo. Luego regresa a casa con el recién nacido. Algunos andinos también presentan tal posibilidad como ideal. En la práctica, la parturienta es casi siempre atendida por su madre, el marido o un curandero. El campo de cultivo es un espacio femenino de la mujer casada, es decir, de la adulta e integrada en la sociedad. De ese campo sale la mujer para parir en el monte. En contraste con la chacra,

Entre la abuela y la madre criaron al hijo del gusano. El hijo del gusano creció, se hizo muchacho.

Cuando los tíos iban a pescar, el joven hijo de Xaco acompañaba a las tías a recoger los pescados rancios, muertos por la pesca con veneno de los hombres⁹.

Un día, los alimentos escasearon. Entonces, el nieto propuso a la abuela que le acompañara a pescar. La abuela le respondió que eso no era posible, pues él todavía era un chico. El joven Xaco insistió hasta que la abuela accedió a acompañarle¹⁰.

El muchacho hizo que la abuela probara con unas ramas para atraer a los peces de una hondonada. Los peces no aparecieron. En otra hondonada, la prueba sí dio resultado. Entonces, el joven gusano tiró al agua una flecha y el agua mermó; luego, otra, y el agua mermó aún más. Así, hasta que los peces quedaron saltando en la superficie. La abuela recogió los pescados. Eran muchos y variados.

En la casa, la abuela ofreció a sus hijos la comida que había preparado con los pescados. Todos aceptaron menos el tío menor de Xaco, pues era un hombre malo: «¿Cómo he de comer algo de un gusano?».

Una vez, los tíos salieron a pescar. Al día siguiente fueron las tías a recoger el pescado rancio que habían dejado los hombres. El joven Xaco las acompañó. En el camino de retorno, las tías encontraron la fruta de la palmera *shapaja* (que es apreciada por la gente y por los monos negros y los monos *pichicos*). Ellas se entretuvieron en comer esa fruta. El sobrino gusano les pidió reiteradamente que dejaran de comer y de reírse tanto. No obedecieron. El joven Xaco las trocó en monos negros y monos *pichicos*¹¹.

el monte es un ámbito salvaje, de encuentro con el enemigo, con los animales de caza, con los monstruos o espíritus que allí moran. El héroe cultural Xaco nace, entonces, en un lugar «natural».

9. Los tíos son, probablemente, los maridos de las mujeres de la casa, hermanas de la madre de Xaco: los pano-capanahuas son matrilocales. La pesca con el veneno llamado barbasco es una actividad masculina y adulta en muchos pueblos, entre ellos, los capanahuas. Las mujeres se limitan a recoger los peces envenenados por sus maridos. Los niños acompañan a las mujeres en esta labor. Sólo los muchachos que han empezado a iniciarse acompañan a los adultos.

10. Esta escena y las que siguen en torno al hecho de que el niño Xaco quiere ir a pescar en una época de escasez recuerda una situación que hemos observado entre los tucano-secoyas de un río tributario del Putumayo: cuando el río está en el punto de mayor creciente, los peces escasean. Entonces, los hombres se deprimen y son los niños los que van a observar si hay un cardumen de peces. Ellos avisan a los adultos, y éstos se animan y van a pescar. Las mujeres sonríen, los niños han hecho lo que no podían los hombres. Irving Goldman (1968) describe una situación similar.

11. Las mujeres son castigadas por glotonas. Las sociedades amazónicas son sobrias en el comer. Los alimentos han de saborearse discretamente. Demostrar voracidad no es propio de gente civilizada y bien educada. Hay monstruos glotonos; las fieras, como los monos, también suelen serlo, no los humanos. De ahí que Xaco

Los tíos preguntaron al hijo del gusano por sus esposas. Les respondió que ellas habían partido hacia la casa antes que él lo hiciera.

El muchacho Xaco se marchó al bosque. En el viaje halló una pluma de un guacamayo. Xaco le preguntó: «¿Quiénes son ustedes que viven acá?». «Los guacamayos vivimos acá». «Bueno, sigan viviendo». Luego encontró una pluma que había caído del ala de un loro: «¿Quiénes son ustedes que viven acá?». «Acá vivimos los loros». «Bueno, sigan viviendo». Así ocurrió otro tanto con las aves pelejos. Pasó más allá y encontró un nido de avispas colgado de un árbol: «¿Quiénes son ustedes que viven acá?». «Aquí vivimos las avispas». Siempre que encontraba una pluma, algo propio de un animal, se producía el mismo diálogo con resultados similares.

Los animales seguían así viviendo, pero los tíos de Xaco estaban sin mujer, pues el sobrino las había convertido en monos. Fueron a buscarlo¹². Después de mucho preguntar, por fin dieron con la casa del sobrino.

El sobrino estaba echado en la hamaca. Los engañó diciéndoles que se hallaba enfermo. Por eso hoy padecemos enfermedades, porque Xaco nos maldijo diciendo que estaba enfermo.

«Tíos, ¿han quedado ustedes sin mujeres?», les preguntó, y luego cogió unas calabazas maduras (*secanas*). A cada tío le dio una para que la abrazara. El tío malcriado también abrazó una. Así las repartió. Al amanecer, una calabaza que había sido abrazada dijo: «Tengo frío», y se bajó de la hamaca convertida en mujer¹³; sí, al bajar de la hamaca donde había pasado la noche con el tío, se volvió mujer. Así pasó con las otras calabazas. Sólo faltaba la del tío malcriado: «¿Qué cosa me ha hecho abrazar mi sobrino? Esto es una cosa fría». Y la arrojó de la hamaca. Al ser arrojada, la calabaza se hizo mujer cuando tocó el piso. Esa mujer quedó de pie, allí. El gusano era el hijo del rey inca¹⁴. Su nombre era hijo de Xaco. «¿Te ha botado,

las convirtiera en monos, que era como ellas se comportaron cuando comieron una fruta silvestre.

12. En las narraciones anteriores sobre la amante de un gusano, y al comienzo de la historia de Xaco, la mujer o moza se da a un gusano por falta de marido o por insatisfacción con éste (aunque no todos los relatos son explícitos sobre la razón de tal entrega). Esta falla o falta es la que desencadena la acción o le da un nuevo rumbo: la falta de mujeres va a provocar unas relaciones de dependencia frente a Xaco y una serie de bienes y desgracias para la humanidad.

13. Es posible que el «abrazo hasta el amanecer» sea un eufemismo para decir que durmieron juntos y tuvieron relaciones sexuales. El que los tíos lo hayan hecho con calabazas para luego tener mujer sugiere que se trata de una actividad masturbatoria. Como en la historia del hijo de la lombriz Cuntan, la masturbación masculina tiene consecuencias positivas: luego del abrazo nocturno con las calabazas, se originan las compañeras de los hombres; en Cuntan, gracias a la «conversación» del joven consigo mismo o con una lombriz, nacen un héroe cultural, un tipo de gusano y otro de batracio que hacen prosperar los campos. No conocemos la razón del vínculo entre la calabaza, la masturbación y la mujer. En la versión castellana no aparece el nombre local de ese fruto. En la versión capanahua se la nombra como *xopan*.

14. El Inca es un personaje de varios mitos amazónicos y andinos. Es el héroe de un mundo pasado; por lo mismo, su papel suele ser ambiguo: procuró bienes en

hija?», preguntó el hijo de Xaco. «Me ha botado, papá». «Abandónalo para que se quede para siempre sin mujer. Que se quede soltero». Después de eso, sus tíos ya tenían sus mujeres. Pero el malcriado no recibió ni una. Así fue, el tío quedó soltero y desde entonces, en las generaciones posteriores, siempre hay quienes no consiguen mujer o les cuesta mucho lograr una.

Luego pidieron los tíos: «Nosotros queremos algo con que se pueda sembrar yuca, algo para cavar la tierra después de limpiar el terreno, sobrino. Queremos flechas y balistas, macanas, palancas [palo puntiagudo para sembrar], arpones con hueso de maquisapa, flechas de dos puntas, flechas de cuatro puntas y flechas con lengüeta y otras sin lengüeta. Cosas así queremos, querido». «¿Eso es lo que desean, queridos tíos? Vamos a tumbar una palmera de *pifuayo* que sembré», dijo, y se llevó a sus tíos afuera. Los llevó a una *purma* [un campo baldío, una antigua chacra ahora abandonada]. Al llegar, dijo a uno de sus tíos: «Ponte de pie, aquí mismo, tío. Sostén con tu cabeza al *pifuayo* cuando caiga». Después de ordenarle que recibiera el tronco con la cabeza, fue a tumbar el *pifuayo*. Lo taló con su hacha de piedra. Cuando el *pifuayo* caía y se venía encima de la cabeza del tío, «Shaaahh», el tronco y las palmas se transformaron en toda clase de herramientas: palancas, flechas de dos puntas emparejadas, balistas, flechas sin lengüeta y flechas con lengüeta, flechas para peces (*huahuasapas*), flechas de cuatro puntas, arpones. Aparecieron toda clase de herramientas por el suelo. Otro tanto ocurrió con los otros tíos. Hasta que le llegó el turno al tío menor, el malcriado. Dijo a ese tío: «Tío ven, ponte de pie, párate acá. No saltes a un lado cuando caiga la palmera hacia tí». Luego fue y metió hacha al *pifuayo*. Cuando el tío vio que se le venía encima, se hizo a un lado, desobedeciendo así la orden: «¡Sobrino, esto me puede matar!». Y esquivó la palmera. «¿Por qué la has esquivado, tío? Así te va a pasar siempre. Ven a partirla. Tú mismo tendrás que sembrar y trabajar el *pifuayo*». Por eso las generaciones posteriores tenemos que trabajar así esa palmera.

(Redacción nuestra a partir de la versión en castellano del cuento *El hijo del gusano Xaco*, en Loos y Loos, 1980, II: 10-33.)

Presentamos una variante del mito anterior:

EL HIJO DEL GUSANO XACO
(segunda versión)¹⁵ (pano-capanahua)

Una mujer tenía relaciones con un gusano *xaco*.

Cuando ella partía al monte siguiendo a su marido humano, recomendaba a su madre que no tocara la tabla de moler.

los comienzos de la humanidad, pero hoy es una amenaza latente contra el orden actual, o una esperanza por lo mismo. En un relato pano-chipibo (selva central del Perú), recogido y publicado por Pierrette Bertrand-Rousseau (1984), se cuenta que había dos Incas, uno benefactor y otro lo contrario; los chipibos también contaron a Bertrand que hubo un Inca que los tenía dominados hasta que lo mataron.

15. Esta versión corresponde a la cuarta del libro de los Loos (1980).

Cierta vez que la madre barría la casa, no siguió la prohibición de la hija. Descubrió bajo la tabla de moler a un gusano *xaco*. Éste, al ser descubierta, dio un brinco y casi pica el ojo de la señora. La madre mató a la lombriz con agua hervida. Se sintió asqueada al darse cuenta con quién se metía su hija.

Al regresar a casa, la hija apartó la tabla del molidor, se sentó sobre el hueco pero no sintió las caricias del gusano.

La mujer parió en el monte gusanos. Entre ellos a un niño, el hijo del gusano *xaco*. La mujer abandonó a la criatura.

La abuela fue en busca de su nieto abandonado. Lo hizo por pedido de uno de los tíos de la criatura: «Ve a recogérmelo, mamá. Lo tendré como si fuera mi hijo». La abuela lo encontró. Había crecido muy rápido. Abuela y nieto se reconocieron. Lo entregó al tío. Los demás tíos querían botarlo, pero el tío no lo permitió.

El niño crecía rápidamente¹⁶. El tío vivía con Xaco. Dormían en la misma hamaca; el tío conversaba con el chico¹⁷.

Cuando el hijo de Xaco se convirtió en un joven, su tío le regaló una pequeña balista y le enseñó a manejarla.

Un día, el tío y su sobrino se fueron a pescar. El sobrino resultó ser un extraordinario pescador: a flechazos hizo mermar la poza... Llegaron a casa con los canastos repletos de peces.

Los otros tíos también organizaron una pesca. Al día siguiente, sus mujeres partieron para recoger los pescados rancios que sobraron de la pesca de sus maridos. El tío pidió al niño hijo de Xaco que acompañara a sus tías. En el camino de ida, las tías se entretuvieron comiendo la fruta *shapaja*. Comían la fruta cruda, la madura que cae en torno al pie del árbol. Las tías reían mientras comían. El sobrino les pidió reiteradamente proseguir el camino. Como ellas no le hicieron caso, las convirtió en monjes *pichicos* y negros.

De vuelta, los tíos preguntaron al sobrino por sus mujeres; no les respondió. Se quedaron viudos.

El sobrino, hijo de Xaco, dijo a su tío que ya no deseaba vivir con él. Se marchó.

En el camino, el joven hijo de Xaco encontró una pluma de perdiz.

16. El hijo de *xaco* crece rápidamente. Es un rasgo propio de la infancia de los héroes culturales y de otros personajes fabulosos amazónicos. Por ejemplo, según los mitos jíbaros, el niño Sol alcanza la juventud en unos días. Este desarrollo prodigioso está mencionado en las cinco versiones del mito de *El hijo del gusano xaco*.

17. Dado el tono serio de esta parte del relato, no parece que esta «conversación» sea un eufemismo para aludir a las relaciones sexuales, tal como ocurre en el relato de Cuntan; este joven «conversaba» consigo mismo porque no tenía mujer. La estrecha convivencia del sobrino con el tío parece ser una alusión a la proximidad que establecen el o los iniciados con su iniciador: viven durante un largo periodo en una enramada alejada de la casa principal. Los niños pescan, el iniciador les da de «comer» narcóticos. Tal intimidad propicia el desarrollo de profundos vínculos afectivos.

Dijo: «Aquí viven ustedes, hijos de la perdiz»; y ellos contestaron con su grito característico. Después creó a los hijos de los loros siguiendo el mismo procedimiento. Así fue creando a toda la gente hasta que llegó a un lugar donde hizo su casa y vivió solo.

Los tíos se acordaron de su sobrino después de mucho tiempo. «Él nos abandonó», dijeron. Entonces, salieron a buscarlo. En el camino preguntaban por el sobrino y les contestaban por dónde había pasado. Fue de esa manera que llegaron a la última casa, la del sobrino.

El sobrino vivía solo con su mujer —a la cual había creado a partir de algo—. Los tíos lo saludaron cariñosamente; él dio una hamaca a cada uno y les ofreció cerveza de yuca.

Luego de alojarse mucho tiempo donde el sobrino, le dijeron que deseaban retornar a sus casas. Él les preguntó qué querían llevarse. Ellos respondieron que deseaban tener cada uno su balista y flechas para cazar. El sobrino aceptó el pedido. Los llevó fuera de la casa. Pidió que cada tío se parara en un sitio determinado. Entonces, el sobrino cogió su hacha y taló la palmera de *pifuayo*. Cuando esta empezó a caer, se venía sobre el tío; antes de tocarlo, la palmera se partió en numerosos pedazos, que eran flechas, palancas, macanas. El sobrino se las dio a ese tío. Lo mismo ocurrió con los otros tíos. Sólo faltaba el último tío, el malcriado. Cuando la palmera se le venía encima, tuvo miedo y esquivó la caída. Entonces, la palmera cayó entera, sin partirse, como ocurre hoy día cuando tumbamos un árbol. Por eso ahora tenemos que hacer nosotros mismos, y con mucho trabajo, nuestras balistas.

Al día siguiente, el sobrino les preguntó si querían criar algo. Los tíos no tenían nada que criar. El sobrino llenó unos canastos con plumas de diferentes animales. Hizo que los tíos pasaran un palo por el asa y entonces los cargaron. Recomendó que no los abrieran hasta llegar a casa. En el camino, el tío malcriado tuvo curiosidad y abrió el canasto. Entonces se escaparon casi todas las aves; ésas son las que vemos volar. Si no hubiese sido así, habríamos tenido todos los animales en la casa¹⁸ (Loos y Loos, 1980: 70-91).

Las herramientas y las esposas, las presas de caza, son bienes culturales y restringidos. Es una concepción de lo que es la cultura: nada en ella es plena o de carencia absoluta, lo que sí ocurrió en

18. El anfitrión pregunta a los huéspedes si quieren llevarse algo o éstos se lo piden. Esta cortesía es la misma cuando el chamán «viaja» gracias a un narcótico y visita la casa del dueño o padre de los animales. El chamán, «o, mejor, su espíritu», se sienta humilde y sostiene una conversación formal con el padre de los animales. En el momento de partir, el dueño de casa le pregunta si quiere llevarse algo, o bien el chamán se lo pide. Así, el chamán recibe tal animal: será de aquellos que él o su cliente cazarán al retornar al mundo de los humanos. La relación entre Xaco y los tíos es similar a la del chamán con el dueño de los animales: gracias a la visita y como cortesía, el hombre recibe los dones necesarios para el sustento. Véase una descripción sobre este tipo de visita y de dones en Reichel-Dolmatoff (1978).

los tiempos primordiales. Lo mismo ocurre con el sexo, como lo sugiere el mito de Xaco y el *De cómo se originó el uso del sexo*.

Un mito jíbaro-aguaruna sigue el tema del matrimonio con la naturaleza y afirma también que el héroe se convierte en cazador y guerrero, pero no tanto como lo fueron sus maestros y parientes, los jaguares:

EL YERNO DEL JAGUAR¹⁹

Un hombre soñó que era comido por un jaguar. Al día siguiente, marchó al monte, donde fue atacado por un jaguar. Lucharon, descansaron, volvieron a luchar. Así continuaron hasta que el jaguar venció: le quebró la nuca, le arrancó la cabeza; luego lo devoró, evitando que la sangre le salpicara —si el matador se mancha, queda con el olor a sangre y eso espanta a sus nuevas y potenciales víctimas²⁰.

Esa noche el hombre no retornó. Su hermano fue con los suyos a buscarlo. Hallaron sus restos. Era evidente que había sido atacado y devorado por una fiera; había sido vencido después de un duro enfrentamiento.

Tendieron una trampa. Ahí colocaron los despojos del hermano para que así cayera el asesino. Pero el jaguar no regresó por más carne de su víctima. Entonces, se llevaron los restos e hicieron los funerales.

El hermano siempre se internaba en el bosque buscando al jaguar asesino, pues quería vengarse. En esas estaba cuando, cierto día, se encontró en pleno bosque con un hombre corpulento, de barba blanca, todo pintado de rojo (con *huito*²¹), como para ir a la guerra o a la caza. Ese extraño estaba acompañado de una niña.

Se saludaron. «Hola, tío». «Hola, sobrino²². ¿Qué buscas?». «Al jaguar que mató a mi hermano. Quiero vengarme con él o con cualquier otro jaguar». «¡Ah, ése era tu hermano! A él lo devoró un jaguar pero de río abajo, vive lejos. Nunca lo hallarás». El hombre se puso a llorar. «No te preocupes. Si quieres, me acompañas y te enseñaré a vengarte. Yo sé dónde está ese tu enemigo jaguar».

Ese señor y su hija se transformaban en jaguares. «Sobrino, no te preocupes. En realidad somos gente. Sólo cuando vamos de caza nos convertimos en jaguares, para así atrapar a la presa». Luego hizo que el hombre que buscaba vengarse bebiera *piripiri*²³, se pusiera un chaleco y diera dos saltos; entonces, el joven también se transformó en jaguar.

19. La versión aguaruna emplea el eufemismo *yawa* (perro) para designar a un gran felino; por el relato se desprende que se trata del jaguar. Por eso, hemos preferido emplear «jaguar» en vez de «tigre».

20. Los sueños premonitorios son frecuentes entre los amazónicos y los andinos.

21. *Huito* es una semilla de la cual se extrae una tintura roja.

22. Los actores emplean estos términos de parentesco por cortesía.

23. *Piripiri* es una cualquiera de un amplio y heterogéneo conjunto de plantas que tienen múltiples usos medicinales y mágicos.

El tío le enseñó a cazar fieramente, como caza un jaguar. Poco a poco fue aprendiendo, hasta que llegó a ser un cazador. Supo cazar y la hija del tío dejó de ser niña. Fue entonces que el tío le entregó a su hija. El hombre que quería vengarse se casó con ella.

Cierta vez, el suegro propuso a su yerno ir de expedición donde los jíbaros. «Allá hay bastante cerdo. Vamos a cazar unos cuantos». Entonces, ambos observaron la casa de los jíbaros. Entraron en un corral y mataron a varios cerdos. Los llevaron y se los comieron. Por entonces, el jaguar hembra estaba embarazado. «¡Ah, se me antoja una cerda preñada!». Padre y marido fueron y le llevaron una hembra preñada, tanto que parecía estar cebada para la ocasión.

Al día siguiente, la mujer dijo: «¡Quiero otra cerda preñada!». El marido le respondió: «Pero ahora los jíbaros deben de estar alerta. Si vamos de nuevo, pueden sorprendernos y matarnos. Te quedarías sin marido y sin padre». «Yo tengo ese antojo. Si ustedes temen, yo no. Iré». Y se dirigió al pueblo de los jíbaros. Entró al corral, primero mató y comió un lechón. Luego atacó a una hembra preñada²⁴. En eso se vio rodeada de lanzas que la apuntaban. Eran los jíbaros. Ella pidió socorro a su marido y a su padre: «¡Vengan, me quieren matar! Aún no me han hecho nada. Todavía es tiempo. Estoy enterita». Para los jíbaros, éstos no eran pedidos de auxilio sino rugidos de fiera acorralada. La empezaron a lancear. Ella gritaba a los suyos: «¡Vengan, me están hiriendo!». Pero su padre y el marido no podían ayudarla porque si no también los hubiesen matado (sólo se puede y se debe atacar por sorpresa). Lloraron desesperados sin poder asistirle. De esa manera acabó la hembra jaguar, la amante del joven.

Cuando los jíbaros se retiraron, fueron a verla. La habían despedazado, cortado la cabeza, las patas. Trataron de juntar sus partes para revivirla. Pero cuando ella se puso de pie, le faltaba una pata que ellos no encontraron, además de otras partes del cuerpo que tampoco hallaron. Por eso, no pudieron resucitarla²⁵. Se marcharon entre llantos y lamentos. El más dolido era el esposo, pues había sido feliz con ella y la quería intensamente.

Yerno y suegro siguieron solos. Cazaban y vivían juntos. El viejo le enseñaba el arte de la guerra, el cómo atacar al enemigo. El joven aprendía, hasta que cierta vez el suegro le dijo: «Ahora sí puedes enfrentar a tu enemigo. Vamos a su encuentro». Y allá fueron.

Cuando estaban cerca del enemigo, el suegro decidió ir solo a explorar el lugar en el que éste se encontraba. De regreso, le contó que el asesino de su hermano era el jefe de una manada de feroces jaguares. Lo mandó a espiar.

El hombre que quería vengarse divisó a lo lejos al jefe de los jaguares;

24. Este pasaje ilustra el carácter obstinado y voluptuoso que los amazónicos atribuyen a las mujeres y a las fieras hembras.

25. Un buen chamán puede resucitar a un muerto si todas las partes del cadáver están completas. Al menos, así ocurría antiguamente. Ésta es una creencia de los nativos de la selva norte del Perú.

se sobrecogió: era alto, de reluciente fortaleza. «¡Ése es mi enemigo, el matador de mi hermano! ¡Pero si apenas le llego a los hombros! ¿Cómo, entonces, podré enfrentarlo?». Su suegro le respondió que eso no era grave: le puso un chaleco más grande que el acostumbrado y, ahí mismo, se convirtió en un hombre jaguar tan fuerte como su rival. «Mañana lo atacas y lo matas». Y le dijo cuál era su plan.

Durante toda la noche, el suegro hizo que su yerno se ejercitara para el ataque.

En la madrugada fueron al encuentro del hombre jaguar. Los guerreros jaguar iban en fila por un angosto sendero. El jefe encabezaba la fila. El viejo fue donde los guerreros a conversar con ellos y entretenerlos para que se rezagaran de su jefe. [Entretanto, el yerno alcanzó por atrás al líder. Lo atacó por las espaldas. Quiso ceñirle la cintura; el otro intentó lo mismo. Forcejaron. Con las piernas y los hombros, uno trataba de tumbar al otro. Cayó sentado el hombre, pero ahí mismo tomó de la cintura al jefe y lo atrajo hacia sí y lo hizo caer de rodillas. Entonces, el hombre se incorporó de un salto y le clavó los colmillos en la cabeza; se la zarandéo. El otro trataba de liberarse cogiendo con ambas manos la cabeza del que lo hería; el guerrero se agitaba, era un hombre jaguar poderoso, pero fue perdiendo vigor. Hasta que, de tanto zarandearlo, le quebró la nuca. El hombre pisó el vientre del vencido, lo taconeó hasta que le saltaron las tripas²⁶.]

Cuando los otros guerreros escucharon los rugidos de la pelea, exclamaron: «¡Pero por qué ese hombre ataca a nuestro jefe! ¿Qué le ha hecho para que hiera al mejor de nosotros?». El viejo les respondió que se trataba de una venganza, les contó todo, trató de calmarlos: «Ese hombre ataca únicamente a vuestro jefe. No se metan, porque con ustedes también acabará». Los guerreros, confundidos, se retiraron a su pueblo.

El viejo fue al pueblo de los jaguares a pedir que no tomaran venganza contra su yerno. Pero siempre, una y otra vez, trataban de vengarse: «Era nuestro campeón. Todos lo respetábamos. Tenemos que matar a ese asesino».

Con esas amenazas, y hasta intentos de ataque, pasó un tiempo. Un día, el viejo dijo a su yerno: «En cualquier momento esos jaguares terminarán por matarte, porque ellos también quieren vengarse. Mejor es que vuelvas a tu pueblo de gente. No tengas pena por mí: cada vez que quieras verme o cazar, bebe *piripiri* y te vuelves jaguar. Así cazarás bien y podrás reunirte conmigo. Para que esos jaguares enemigos no ataquen tu pueblo, siembra camote alrededor del poblado».

Y así fue. Retornó con los suyos. Sus hijos lo recibieron contentos, y su mujer, también. Se había vuelto un buen cazador, porque cada vez que estaba en el monte se tornaba en jaguar, imitaba a las presas, se encontra-

26. La descripción de esta lucha va entre corchetes. Es una extrapolación; es parte de un relato similar que nos contaron dos jóvenes jíbaro-actuales en 1976. El pasaje abunda en pormenores, mientras que el texto que presentamos es escueto al respecto: «Lucharon hasta que el hombre mató al jefe de los jaguares».

ba con su suegro. No decía nada de esto a su mujer, pues temía que ella lo reprendiera o que comentara con los vecinos el porqué era un buen cazador.

Cierta vez que estaba cazando, imitaba al tucán; lo hacía silbando con la lengua afuera. En eso, un paisano, al escuchar el canto del tucán, lanzó en esa dirección un virote sin veneno. El virote atravesó la lengua del jaguar. Entonces, el paisano vio al jaguar. Asustado, corrió al pueblo y contó lo que había sucedido.

En la tarde, regresó el marido. Su mujer notó que él tenía la lengua atravesada, herida. Es así como se enteraron de que ese hombre, cuando cazaba, se convertía en jaguar. Le dieron de comer bastante camote y desde entonces dejó de transformarse en fiera y no pudo ver más al suegro que lo ayudó a vengarse.

(Versión nuestra a partir de Akuts Nugkai *et al.*, 1979: 35-71.)

El héroe es un buen cazador y guerrero, pero dejó de ser como un jaguar, que es el mejor de los cazadores. Como la sexualidad, las artes, las esposas, el ser guerrero y cazador no son bienes que se disfruten de manera inmoderada. La adultez plena no trae consigo infinito goce. Sin embargo, para lograr esa medianía hay que vivir previamente con la naturaleza y apasionarse de ella. La sociedad adulta humana es plena en el sentido de que es opuesta a la situación inicial de carencia: el joven sin novia que no sabe cazar, la mujer insatisfecha, la humanidad que no conocía el placer sexual. La plenitud adulta es relativa. La naturaleza provee un placer y un saber intensos, luego el hombre los deja; sin este paso por la naturaleza el hombre no puede llegar a la plenitud de la vida, de la cultura. Estos mitos vienen a ser un llamamiento a la moderación y un reconocimiento de que la cultura pasa o proviene de la naturaleza.

El origen del clítoris como fuente de masturbación, el de las enfermedades, son tratados en algunos mitos que siguen el tema del matrimonio con la naturaleza. También explican esas manifestaciones de la precariedad de la vida humana; males que complementan la visión de la medianía humana:

LA MUJER Y EL GUSANO WAGA
(segunda versión) (jíbaro-aguaruna)

Un joven se acercaba todas las noches a la cama de una mujer. Pasaban la noche jugando juegos de amor.

Su madre le preguntó:

—¿Con quién pasas tus noches?

—Con un hombre que viene con su corona y su falda nueva; es varonil. Viene pintado para nuestra fiesta. Con él paso mis noches.

—Quiero conocerlo.

Cierta vez, la madre estaba labrando en la chacra de yuca y encontró a un gusano *waga* que cargaba una hoja de yuca. La madre lo golpeó a la par que se lamentaba: «Si fueses persona me traerías leña y no hojas como los parásitos *waga*».

Cuando esa noche el joven se metió a la cama de la muchacha, se quejó: «Tengo el cuerpo adolorido, pues tu madre me golpeó esta mañana». Al día siguiente, la mujer dijo a su madre:

—¿Por qué golpeaste al hombre que me visita todas las noches?

—Yo no he golpeado a hombre alguno. Sólo aplasté a un gusano en la chacra. Esta noche quiero conocer a tu amigo.

Aquella noche, la mujer mantuvo despierto a su compañero hasta muy tarde. Cuando amaneció, le dijo: «Amigo, márchate».

Otra noche, el joven, en forma de gusano, recorrió el sexo de su amiga y se puso a chupárselo. La chica gritó a su madre:

—¡Ay, un gusano me chupa!

—¿No dices que es hombre quien visita tu lecho? ¿Por qué dices que te chupa un gusano? —Y, acercándose, tiró al suelo al gusano, lo hizo pedazos. Pero quedó un trocito pegado al sexo de la mujer, ahí se puso tieso. Ahora, ése es el clítoris de las mujeres.

Luego de un tiempo, la mujer parió en la chacra unos gusanos *waga*. Ni bien salían del cuerpo de la mujer, reptaban hasta las hojas de yuca para comérselas. La madre de la joven mató a muchos *waga*. Pero algunos pudieron escapar. Ése es el origen de los gusanos *waga*.

(Las dos versiones han sido elaboradas a partir de los textos correspondientes en García-Rendueles, 1979, I: 443-455.)

La insatisfacción de la mujer trajo consigo al amante *waga*. Estas relaciones produjeron tres males para la humanidad actual: la insatisfacción latente con varón y cuya marca es el clítoris como procurador de un placer sustituto, los descensos vaginales purulentos y la plaga del gusano *waga* que ataca las plantaciones de yuca. El mito tiene una moraleja implícita: el varón debe satisfacer a la mujer; no hacerlo acarrea males y entraña un retorno a la época que los varones no conocían las funciones del sexo o eran indiferentes con las mujeres. En otra versión del mito sobre los amores con *waga*, empieza el relato explicando por qué la mujer se entregaba a ese bicho: antiguamente, había hombres que no querían tener relaciones sexuales con sus mujeres. Por eso el gusano *waga* hacía lo que los hombres desdeñaban; ese «antiguamente» se puede actualizar para desdicha de las personas. Entonces, el *waga* retorna, ataca el huerto de la mujer insatisfecha y que por eso se masturba. El estado de

una chacra de yuca es el estado de las relaciones conyugales de sus dueños. Cuando un indígena ve que una plantación prospera, que da buenas yucas, que la mujer prepara con ellas frescas y crocantes galletas, pensará que las cosas andan bien en la pareja propietaria; menos lozanía de las plantas significa menos amor. La plaga *waga* que come las hojas de ese tubérculo es la manifestación palmaria de que el hombre no se porta como se debe con su mujer. A más amor, más y mejores yucas. Un buen conocedor, al probar la galleta de yuca de sus anfitriones, tendrá un buen índice del estado de las relaciones de los que le invitan. Y para saber comportarse bien en la vida conyugal, el hombre y la mujer deben antes haber tenido la experiencia, el aprendizaje, de una pasión salvaje. Para ser hombre hay que pasar por la animalidad.

Antes se resucitaba con facilidad; hoy no es tan fácil. Sólo algunos chamanes lo saben hacer. Sin embargo, la concepción de la vida amazónica supone la resurrección: el hijo es un antepasado, y toda abuela será una hija. Un ejemplo es la historia de Xaco: tanto el hijo del gusano como su abuela se transforman en unos animales que son la personificación de los antepasados. El renacimiento, el hijo, nace para vengarse por la muerte que le ocurrió antes y para vengarse de la muerte de su padre. Así, guerra, venganza y resurrección están estrechamente vinculadas. Presentaremos dos mitos que ilustran tal concepción. El primero sólo recurre al tema del matrimonio con la naturaleza en un pasaje; en el segundo, ese tema organiza el conjunto del relato:

LA CANDELA JERGÓN
(cahuapana-chayahuita)

Introducción al relato: antes, la gente resucitaba

1. Antes, los hombres no morían como ahora.
2. Cuando un hombre muere, la mortaja es depositada en la aleta de un gran árbol. Al parecer, esta práctica ha desaparecido o está desapareciendo.
3. Luego de tres días, viene el jaguar macho si el muerto fue mujer, o el jaguar hembra si el finado fue hombre. Se lleva el cadáver al pueblo de los jaguares.
4. En el pueblo de los jaguares, el muerto es hecho polvo. Con el polvo hacen un nuevo hombre; o más precisamente, lo rehacen. Esta labor la realiza el jefe de todos los jaguares.
5. Lo rehace pequeño. Lo hacen crecer muy rápido en la clínica de los jaguares. Es bien atendido por los médicos y las enfermeras jaguares. El

nene crece rápido hasta alcanzar una edad determinada, siempre menor a la edad en que murió.

6. Así pasa un año. Durante ese año, el difunto rehecho ha sido esposa o esposo de un jaguar y ha tenido un hijo. Este hijo también crece rápido. No es persona, sino jaguar. Ésa es una tarea que todo difunto debe cumplir en compensación por los cuidados recibidos.

7. Luego, el hombre rehecho es conducido de vuelta al mundo de los humanos por su mujer jaguar. Ella lo acompaña hasta cierto punto y luego le dice que vaya a su casa.

8. Llega a su casa y reaparece, luego de un año, más jovencito que cuando murió. Si el que murió era un anciano, llega como un hombre de edad madura; pero si el que murió era un nene de pecho, llega dando sus primeros pasos.

9. Si durante el año de ausencia la mujer, que fue viuda, no volvió a casarse, estará contenta con el retorno. Si no es el caso, habrá problemas. Esta historia trata de esos problemas.

El origen de la vida breve

1. Un hombre casado y con hijos pequeños murió y fue enterrado según las costumbres. El cadáver desapareció a los tres días, como era de esperarse.

2. La viuda lo lloró mucho. Sin embargo, a los dos meses se olvidó de su difunto marido.

3. La mujer se dijo que un año era demasiado tiempo para esperarlo, que mejor se conseguía uno nuevo y más joven que el finado. Eso hizo, y le fue muy bien.

4. Pasado un tiempo, llegó un joven como su actual marido. Era un joven rehecho y hablaron:

5. [La mujer]: «¿Sabes qué será de ese que fue mi marido? ¿Por qué no regresó a su casa?».

6. [El que ha vuelto]: «Tu marido ahora tiene un cuerpo y una edad de joven. Tiene su nueva mujer [una hembra jaguar] y un pequeño hijo [de la fiera y del que está en proceso de resurrección]. Yo también tengo una mujer y un niño allá».

7. La mujer tuvo un acceso de celos al enterarse de que su finado marido tenía una nueva familia. Por eso, para saber qué hacía su finado, se marchó al pueblo de los jaguares.

8. Cuando llegó al pueblo de los jaguares, encontró a su finado meciéndose en la hamaca junto con su cachorro de jaguar.

9. [La mujer celosa]: «¡Madito! Por eso no quieres regresar a la casa». Y en el acto, mató el nene.

10. [El ex marido]: «¡Qué daño has cometido! Ahora sí que no podré volver a casa ¡Qué me hará la madre de este nuestro pequeño que has matado!».

11. Luego de esta escena escandalosa, la mujer retornó a su casa.

12. Cuando la madre jaguar regresó del monte, halló su hijo muerto y se enteró de lo ocurrido. Montó en una cólera terrible:

13. [La jaguar a su marido]: «Tu mujer de allá ha hecho este escándalo y este daño. ¿No tienes vergüenza? Cuando termine tu tiempo, que será dentro de dos meses, retorna a tu mundo. Desde ahora, por lo que me habéis hecho, ni a ti ni a nadie de allá los volveremos a resucitar. Moriréis definitivamente».

14. El resucitado había dado a su antigua mujer diferentes tipos de cahuetes y de guisantes. Cada tipo y color de grano representa a un felino diferente. El ex marido le recomendó que, en su huida, fuera arrojando esos granos. Que, entonces, la jaguar tendría que detenerse para recoger cada grano. Así ocurrió. Por eso, ella pudo escapar.

La invención de los remedios contra la picadura de la serpiente candela jergón

15. Al cumplirse el año, el hombre rehecho volvió a su casa. Llegó sólo por ver a sus hijos. Los niños reconocieron, felices, a su padre, a su verdadero padre. Los niños le contaron que sufrían porque su madre convivía con otro hombre.

16. Le dijeron que su madre y su actual marido estaban cortando *pandisho* silvestre [la fruta del pan silvestre] en el monte. El padre sintió cólera.

17. Entonces, les preguntó: «¿Adónde sancochan el *pandisho*?». Los hijos: «En esa olla grande».

18. El padre les ordenó que cuando la madre les pidiese que le llevarsen esa olla, no le hiciesen caso porque él iba a estar dentro de la olla.

19. Luego, enseñó a los hijos mayores el canto que sirve para curar la picadura de la serpiente venenosa que llamamos en castellano candela jergón. «Si lastimo a vuestra madre, entonces, podréis curarla». También les enseñó cómo emplear el carbón para cortar la hemorragia producida por la picadura de ese reptil.

20. No instruyó al menor por ser muy chico. Éste quedó al lado, cerca de los carbones de la cocina, y escuchó toda la enseñanza.

21. Luego, el padre montó en cólera y, en el acto, se transformó en candela jergón. Entonces, se metió dentro de la olla y ahí quedó, siempre muy enojado.

22. Cuando la mujer y su segundo y joven marido llegaron, estaban felices.

23. [La madre a sus hijos]: «¿No ha vuelto vuestro padre?». «No», respondieron. Entonces, la madre mandó a la hija que le alcanzara la olla. La chica no obedeció.

24. La mujer tuvo que llevar la olla. Al levantarla, salió una serpiente candela jergón y la picó. El segundo marido fue a auxiliarla, pero también fue picado.

25. Sólo el hijo menor recordaba el canto y el remedio contra la pica-

dura de esa serpiente. Él fue quien curó a la madre. Al padrastro lo dejó desangrarse hasta que muriera.

26. Ese hombre, el primer marido de la mujer que no lo esperó, fue el que enseñó a la gente el canto y la curación de la picadura de la candela jergón.

(Ésta es una versión resumida y corregida por nosotros del relato del mismo nombre, en García Tomás, 1993 ss., VI: 126-151. Van entre corchetes algunas aclaraciones nuestras. Hemos agregado unos subtítulos en cursivas y la numeración con el fin de facilitar la lectura del texto.)

Uno de los requisitos para resucitar era convivir y tener un hijo con un jaguar. Amar un animal es, pues, necesario, o lo era, para la renovación de la vida. Los celos inmoderados de una mujer truncaron esa convivencia. Por eso, hoy no se puede resucitar, o es muy difícil de lograrlo. Al parecer, hoy día no hay convivencia; sin embargo, ahí está el remedio contra el veneno de una serpiente; gracias a esa curación el que es picado puede «resucitar».

Un mito jíbaro asimila la bestia amada con el enemigo, el zorro. La aventura con el zorro enemigo no inicia a la mujer, que si traiciona a su marido humano es porque, probablemente, éste no la satisfacía. Su aventura es necesaria para que haya nueva vida y venganza:

CUANDO LOS ZORROS ERAN GENTE ENEMIGA

(jíbaro-shuar)

[A manera de introducción:]

1. El enemigo era zorro. Entonces, los zorros eran hombres.
2. Cuando vencían a uno de nosotros, le cortaban la cabeza y la reducían para que no reviviera. Porque en ese tiempo nuestros abuelos sabían resucitar.

3. Ellos aprendieron lo de las cabezas y nosotros olvidamos resucitar pero aprendimos la venganza.

[Los acontecimientos:]

1. Una mujer escucha un rumor: va al huerto, un enemigo está agazapado. (Sus miradas se cruzan por un instante. ¿Ella lo va a denunciar?, ¿va a gritar su presencia? El guerrero no se mueve; su torso brilla bajo la luz de la luna, su lanza apunta en dirección de la casa. «Este zorro será un enemigo, pero es todo un hombre»:)

—Fiero enemigo, si quieres, matas a mi marido y yo te seguiré.

—Bueno. Sé mía. Me escondes y cuando regrese tu marido, lo mato. Y serás mi mujer. Nada te faltará conmigo, porque soy el peor enemigo.

—Seré de ti, Zorro.

2. Zorro lanceó al hombre.

3. Luego de matar, y antes de tomar a la mujer, tuvo que partir para hacer la cura respectiva²⁷. Se marchó llevando la cabeza del vencido.

4. La mujer, de nuevo sola, contempló el hermoso cuerpo sin vida del que fuera su marido. Se recostó a su lado, lo abrazó por atrás con ternura y se lamentó.

5. Ayumpum, el Rayo, que es el dueño de la vida y de la muerte, y protector de los verdaderos hombres, los shuar, lanzó rayos sobre el cuerpo. Quería resucitarlo, mas era difícil, pues no tenía cabeza. Pero lanzó tantos rayos sobre el decapitado que empezó a brotarle una cabeza nueva. Entonces, habló a su mujer: «Gimes y me abrazas. Es que me quieres²⁸. Pero no acaricies mi cabeza nueva porque duele»²⁹.

6. Siguieron cayendo los rayos y el cuerpo se fue incorporando. Subió al Cielo con la mujer a él ceñida.

7. Cuando llegaron arriba, ella cayó al suelo del Cielo, justo sobre unos cultivos de frijoles.

8. Las mujeres del Cielo se enojaron, pues su caída había dañado el sembrío. Por eso no la recibieron en sus casas. La dejaron llorando.

9. Se desencadenó una tormenta con rayos y truenos. «Eso es porque nuestros enemigos nos van a atacar», comentaron las mujeres del Cielo.

10. Por la mañana llegaron los enemigos de las mujeres del Cielo: eran hormigas voladoras, de esas que en la Tierra comemos.

11. Las hormigas guerreras mataban a las mujeres celestes. Por eso quedaban pocas³⁰.

12. La mujer shuar prendió una fogata. Las hormigas, atraídas por el fuego, se chamuscaban y caían; entonces, ella se las comía.

«¡Esa shuar come a nuestros enemigos!», exclamaron admiradas.

27. «Luego de matar, y antes de tomar a la mujer, tuvo que partir para hacer la cura respectiva». Se refiere al rito que debe seguir quien ha dado muerte a un enemigo. El rito comprende aislamiento y continencia. El hombre zorro ha matado, pero aún no puede disfrutar de la mujer de su víctima.

28. No es tanto una muestra de ingenuidad o un exceso de credulidad del esposo traicionado; simplemente, en ese momento ella quiere a su marido muerto. La víctima actúa como si no tuviese memoria. Esta actitud se aviene con la tendencia de los andinos, y sobre todo de los amazónicos, a supervalorar el presente. Por cierto, hay sentimientos y propósitos que persisten en el tiempo, que no se olvidan; uno de ellos es la venganza.

29. Normalmente, sólo se podía resucitar si el cuerpo estaba completo. Así, la esposa jaguar del hombre que quería vengarse no pudo ser resucitada, pues le faltaban algunas partes del cuerpo (ver el cuento *El yerno del jaguar*, capítulo 5).

30. En el Cielo, los enemigos no son los zorros sino unas hormigas voladoras que en la Tierra son comestibles. El que mataran a las mujeres celestes puede ser una metáfora para decir que las robaban con el fin de hacerlas sus esposas: la que se va con el enemigo muere para su círculo social. Entonces, sólo queda la venganza. La derrota del enemigo abre las posibilidades de la recuperación, de la «resurrección» de la raptada o de la infiel a los suyos.

«Vuestros enemigos son hormigas sabrosas. Así se hace en la Tierra»³¹. Desde entonces, las mujeres del Cielo la trataron bien.

13. Una noche llegó un ser afeminado. «Se llama Ayumpum», le dijeron. Ayumpum tomó un cántaro y lo llevó a la fuente donde se engendran las personas.

14. La mujer shuar lo espió y vio cómo sumergía el cántaro (o, bien, una olla) y en su interior hubo un zumbido como de moscardón. Y sacó a un niño del cántaro³².

15. Ayumpum lo acarició y besó. La shuar se puso a llorar «¡Cómo me gustaría tener a ese pequeño! Pero ése lo quiere sólo para sí». Las mujeres del Cielo la consolaron: «No te preocupes. Pronto se aburrirá y el bebé será tuyo».

16. Al día siguiente, el niño era un adolescente. Andaba siempre con Ayumpum, jugando, abrazándose en graciosos pugilatos. Viendo eso, la shuar se puso a llorar: «Ese chico me gusta. Pero Ayumpum no se separa de él ni para dejarlo orinar».

17. Al día siguiente, el muchacho fue un joven vigoroso que alcanzaba la plenitud de la vida. La shuar lloró desconsolada: «Quiero a ese mozo para mí, pero Ayumpum no se separa de él ni cuando duermen». Las del Cielo la consolaron: «Así es siempre; al final, Ayumpum se aburre, y cuando llegan a ser hombres, los abandona»³³. Entonces, nosotras nos casamos con ellos».

18. Esa tarde, cuando el mozo fue a orinar, Ayumpum no lo acompañó pretextando estar ocupado; en la noche, como de costumbre, el mozo fue a acostarse con Ayumpum, pero éste lo echó de la cama.

19. El mozo se retiró, triste. En eso, observó que la shuar orinaba. Él hizo lo mismo. Se miraron y se gustaron. Así, se convirtieron en marido y mujer³⁴.

20. Tuvieron hijos. Ellos nacían abajo, en la Tierra. Sufrían de hambre. Entonces, el marido la mandó a la Tierra para que cuidase de los hijos.

31. Entre mundos diferentes, hay contrastes e inversiones. Ésta es una típica: en la Tierra, los hombres comen unas hormigas voladoras; en el Cielo, esos insectos son feroces enemigos de la gente que allá habita.

32. Como se verá más adelante, este niño es en realidad el marido asesinado que ha sido resucitado.

33. Estas relaciones entre Ayumpum y el niño «y luego adolescente» recuerdan los juegos y las actitudes equívocas que suelen tener los niños. Estas relaciones ambiguas también se dan en los ritos de iniciación, durante la fase de aislamiento y vida en común entre los muchachos y el adulto que hace de iniciador. Este adulto vela por los chicos recluidos como lo harían un padre y una madre. Los amazónicos no dan mayor importancia a estos juegos de niños y de iniciación. Lo único que les interesa es que el joven se case.

34. Los nativos amazónicos son muy recatados para orinar y defecar. Si alguien mira a una persona que está orinando o muestra a otro que lo está haciendo, o está violando la intimidad del que orina o es una invitación amorosa.

«Cuando toques el tambor³⁵, yo bajaré. Y ocuparé el lugar que me corresponde».

21. Ella, obediente, bajó del Cielo.

22. Mientras tanto, en la Tierra no habían pasado muchos días y estaban haciendo la fiesta de la cabeza de su difunto marido.

23. El héroe de la fiesta, el zorro más vigoroso, el que mató a su esposo, danzaba con los huesos del ave *tuyo* que adornaban su pecho: «Bailo con gracia, los huesos resuenan, soy perfumado y muy deseado»³⁶. La mujer que había traicionado a su primer marido y luego bajado del Cielo, lo admiraba: «¡Ah, es como mi esposo!». Y participó en la fiesta. Tomó de la mano al zorro y danzó con el resto de la cadena. El zorro la distinguió. Luego, se amaron y vivieron unidos: «Ante mis ojos, este enemigo no es zorro y es fuerte como mi difunto marido».

24. (Pero la felicidad no es eterna.)

25. El resucitado del Cielo descendió cuando escuchó que tocaban el tambor. «Seguro que mi esposa me llama. Es hora de volver. Es el momento de la venganza».

26. Cuando bajó, el padre halló a sus hijos. Estaban sucios y hambrientos. «¿Dónde está vuestra madre?». «Ha salido acompañando al hombre que ella dice que es nuestro padre. Cuando retornan de cazar con la cerbatana, él toca el gran tambor y mamá le sirve de beber chicha».

27. (El hombre del Cielo los fue a espiar. Zorro había dejado de tocar por un momento y ella de cocinar, estaban abrazados, se hacían el amor.

35. En lugar de «tambor» el texto shuar dice *tuntui*; es el nombre jíbaro para designar «un gran tambor de tronco hueco, en cuya cara superior posee, en fila, cuatro grandes orificios [...] Los cuatro orificios están unidos mediante una ranura [...]. Los dos centrales, que están algo más separados que los otros, se unen con un corte curvo, formándose dos lengüetas, una de borde cóncavo (más chica) y otra de borde convexo (más grande). La cara interna de la lengüeta mayor, por la forma en que se ha hecho la excavación en el tronco, tiene un aspecto cónico. El vértice de este cono, que recibe el nombre de *kati*, casi toca a otro cono que le enfrenta y que surge de la pared inferior [...] Para tañerlo, el instrumento es colgado de un extremo y se apoya el otro, quedando ligeramente inclinado. Este tambor único, que produce dos sonidos, se usa para transmitir mensajes a distancia, golpeándosele mediante un mazo. Existen los siguientes toques de comunicación: para anunciar la muerte de alguien, para convocar a fiestas y para llamar a las armas» (Instituto Nacional de Cultura, 1978: 379-380). Otros pueblos amazónicos emplean instrumentos similares. Se los conoce en el castellano regional como «manguaré». En *La amante del zorro*, la mujer debe tocar el manguaré para anunciar el retorno de su marido resucitado, quien ha regresado para vengarse. El zorro toca el gran tambor para convocar a la fiesta que organiza por la reducción de la cabeza del enemigo y ex marido de su amante, pero ese mismo llamamiento anuncia su propia muerte. El manguaré es el instrumento adecuado para convocar a tales actividades vinculadas entre sí: el triunfo, la venganza o la guerra y la muerte del enemigo.

36. En general, los hombres amazónicos nativos son más dados a adornarse y a perfumarse que las mujeres.

El vengativo aprovechó los afanes en que estaban para poner una serpiente coral dentro del tambor, y en una olla, un alacrán venenoso.)

28. (En cuanto la shuar y el enemigo terminaron, se separaron queriéndose más que nunca. Satisfecho, él retornó al tambor. Tocó una música que encantó a la mujer. Ella se fue a cocinar arrullada por el ritmo del tambor.) Entonces, mientras el zorro hacía retumbar el tambor, fue picado. Gritó y se desplomó retorciéndose. Para socorrerlo, la mujer depositó la olla, de la cual saltó el alacrán y la picó. De esa manera, ambos murieron. Así aprendimos lo que es la venganza. Porque nosotros no necesitamos decapitar ni tampoco reducir las cabezas de nuestros enemigos. Los matamos y no pueden resucitar, pues no son amigos del Ayumpum.

29. [Terminado este drama, el relato continúa, pero desarrollando otros temas: la breve resurrección de la madre; el origen de cuatro tipos de águila —tres relacionados con la guerra y uno con la ociosidad—; por último, explica el cese de la comunicación fluida entre el Cielo y la Tierra. Estos cambios se deben a los lamentos de la mujer resucitada al enterarse de la muerte de su zorro, y también a la desobediencia de los hijos del hombre vengador, sugiero, como se verá más adelante.]

30. [Al final del texto hay una breve narración que explica lo que le ocurrió al esposo asesinado cuando llegó al Cielo: se transformó en una clase de moscardón que chupa las flores de los frijoles. El Rayo le dio un golpe y lo metió en una olla. Pellizzaro relaciona la olla donde zumba el moscardón con el hervor o gestación de un nuevo ser. En cierto sentido, para renacer hay que ser previamente «cocinado» (como para ser comido) por el Rayo.]

(Versión elaborada a partir de la traducción al castellano del texto shuar de Pellizzaro, 1980: 108-150. Las anotaciones entre corchetes, los subtítulos y la numeración son nuestras. Algunos pasajes, que van entre paréntesis, son textos nuestros elaborados a partir de lo sugerido por la versión en lengua nativa y por el sentido general del relato.)

La traición de la mujer, su «matrimonio» con el zorro enemigo, causó la muerte de su marido humano. Éste resucitó en el Cielo, volvió a nacer y crecer. Cuando consigue mujer en el Cielo, que es la misma que lo traicionó en la Tierra, procrea. Sus hijos nacen en la Tierra. La mujer desciende y reanuda —o continúa— sus relaciones con el zorro. El hombre mata al enemigo, los hombres aprenden así a vengarse; es una acción necesaria para que la vida se renueve, para mostrar la superioridad de los hombres auténticos sobre aquellos que son medio fieras. Es un arte de la cultura al servicio de la renovación de la vida. Si no fuese por el zorro enemigo, por la traición de la mujer que prefiere un ser silvestre a uno social, los humanos verdaderos no tendrían ese bien indispensable. Los acontecimientos de este mito se desarrollan de manera paralela, en

el Cielo y la Tierra. Los lazos entre ambos espacios y tiempos son extraños y ambiguos: mientras el traicionado sube al Cielo, renace, crece y se casa, en la Tierra el zorro, luego de matar al hombre, se prepara para la ceremonia del triunfo; cuando celebra la fiesta, los hijos del hombre han sido concebidos en el Cielo y han nacido y crecido en la Tierra. Los amazónicos se placen en afirmar que los tiempos de cada mundo transcurren con diferentes ritmos. Un instante en el mundo acuático, el de las sirenas y culebras marinas, puede significar años en la vida de los humanos.

Cuando una persona o la sociedad humana tienen una carencia recurren a la naturaleza, a un matrimonio con una de sus criaturas. La falta es de carácter sexual, y el remedio, la bestia, también. La salud sexual entre humanos acarrea otros bienes: la venganza, la guerra, el renacimiento, la prosperidad de los campos, el matrimonio, las herramientas; también el fallo en la esfera sexual trae consigo males: las plagas, las enfermedades y el hecho mismo de que la naturaleza vuelva a dominar —que las fieras se coman o posean sexualmente— a la humanidad. Los bienes alcanzados son como los de la sexualidad de los humanos adultos y actuales: no es excesiva sino mediana; las dificultades la acechan siempre: las mujeres no son fáciles de conquistar, la escasez de varones, la indiferencia masculina y la insatisfacción femenina, o su humor voluble e imperioso, son amenazas permanentes; entonces, la bestia acecha, las plagas y las enfermedades se propagan.

El papel central en el tema mítico que hemos presentado concuerda con un aspecto de la vida social en la Amazonia. No son sociedades que acumulen bienes; su economía se resuelve básicamente día a día. La división sexual del trabajo hace que cada uno de los cónyuges sea fundamental para la supervivencia de la familia. Si los esposos no se llevan bien, realmente y no sólo en el mito, el sustento, la vida misma, peligran. El parentesco dominante, aunque no exclusivo, de la Amazonia occidental está centrado en la alianza matrimonial. Uno es ante todo esposo de su mujer, cuñado del hermano de su mujer, yerno del padre de ella. Los lazos de consanguinidad definen con quiénes uno no se puede casar. Un tucano quiere de manera entrañable a su hermana. Es su confidente, vela por que tenga un buen novio; se preocupa de que su cuñado trate bien a su esposa casada. Algo similar ocurre con la hermana con respecto a su hermano. La consanguinidad también juega un papel importante en la concepción religiosa: los padres son o serán los ancestros de uno; y uno mismo es un antepasado de sus propios padres. La guerra es motivada por el robo de mujeres, pero, también,

por vengar la muerte de un padre, de un hermano, de un hijo, caído en manos del enemigo. Sin embargo, la vida cotidiana y profana está básicamente regida por los lazos matrimoniales. Los mitos que hemos revisado, el tema del matrimonio con la naturaleza, son una advertencia y un recordatorio: sin cónyuge no se sobrevive; el matrimonio sin mutua satisfacción no es viable.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akuts Nugkai, T. *et al.* (recops.) (1979), *Initik augmatbau. Historia aguarruna*, primera etapa, segunda parte, Pucallpa: Ministerio de Educación/Instituto Lingüístico de Verano.
- Arguedas, J. M.^a (1949), *Canciones y cuentos del pueblo quechua*, Lima: Huascarán.
- Beltrand-Rousseau, P. (1984), «A propósito de la mitología shipibo»: *Anthropologica* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú) 2.
- Beltrand-Rousseau, P. (1986), «La concepción del hombre entre los shipibo»: *Anthropologica* 4.
- Beltrand-Rousseau, P. (1996), «Un aspecto de la dialéctica masculino-femenina en la mitología shipibo»: *Anthropologica* 14.
- D'Ans, A.-M. (1975), *La verdadera Biblia de los cashinahua*, Lima: Mosca Azul Editores.
- García-Rendueles, M. (1979), «Duik Múnn...» *universo mítico de los aguarruna*, 2 vols., Lima: Centro de Antropología y Aplicación Práctica.
- García Tomás, M.^a D. (1993 ss.), *Buscando nuestras raíces*, 8 vols., Lima: Compañía Misionera del Sagrado Corazón de Jesús, Centro Amazónico de Antropología y Aplicación Práctica (CAAAP).
- Goldman, I. (1968), *Los cubeo. Indios del noroeste del Amazonas*. México: Instituto Indigenista Interamericano.
- Lévi-Strauss, Cl. (1964), *Mythologiques. Le cru et le cuit*, Dijon: Plon [trad. española, *Mitológicas I. Lo crudo y lo cocido*, México: FCE, ⁵1996].
- Lévi-Strauss, Cl. (1967), *Mythologiques. Du miel aux cendres*, Dijon: Plon [trad. española, *Mitológicas II. De la miel a las cenizas*, México: FCE, 1972].
- Lévi-Strauss, Cl. (1968), *Mythologiques. L'origine des manières de table*, Dijon: Plon [trad. española, *Mitológicas III. El origen de las maneras de mesa*, México: FCE, 1970].
- Lévi-Strauss, Cl. (1971), *Mythologiques. L'homme nu*, Dijon: Plon [trad. española, *Mitológicas IV. El hombre desnudo*, México: Siglo XXI].
- Lévi-Strauss, Cl. (1985), *La potière jalouse*, Dijon: Plon [trad. española, *La alfarera celosa*, Barcelona: Paidós, 1986].
- Loos Hall, B. y Loos, E. E. (1980), *Textos capanahua II*, Pucallpa: Ministerio de Educación.
- Ortiz Rescaniere, A. (2001a), *La pareja y el mito*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Ortiz Rescaniere, A. (2001b), *Manual de Etnografía amazónica*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Ortiz Rescaniere, A. (2004), *Sobre el tema de la pasión. Mitología andino-amazónica*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Pellizzaro, S. (1980), *La reducción de las cabezas cortadas*, Quito: Mundo Shuar.
- Pellizzaro, S. (1982), *El modelo del hombre shuar*, Quito: Mundo Shuar.
- Reichel-Dolmatof, G. (1978), *El chamán y el jaguar*, Madrid: Siglo XXI.